

Todo
ocurrió
una
Navidad



Valery Archaga

Todo ocurrió una Navidad

Un amor en Nochebuena

Valery Archaga

Valarch Publishing



Valarch Publishing

Todo ocurrió una Navidad



Valery Archaga

Derechos de autor © 2023 Valery Archaga

Todo ocurrió una Navidad

Publicado Por Valarch Publishing/diciembre 2023
Charlotte, North Carolina

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Portada creada por Grecia Leal
Ilustrada por Bella Savillon
Editado por Livró

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluidas fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto en el caso de citas breves incluidas en reseñas críticas y ciertos otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Para todos aquellos que solo anhelan volver a vivir una Navidad en compañía de los que ya no están.

Contenido

[Página del título](#)

[Derechos de autor](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Acerca del autor](#)

[Libros de este autor](#)

[Libros de este autor](#)

Capítulo 1



El sonido de los villancicos y cascabeles, las tiendas y supermercados abarrotados de gente ya me tenían deseando que la temporada navideña llegara a su fin. Deseaba acelerar el tiempo para poder comenzar la universidad y poder estar cerca de Miles Milligan; mi amor unilateral y, hasta cierto punto, prohibido.

Había estado enamorada de Miles desde que era una niña. Su cabello castaño, sus ojos azules, sus largas pestañas, sus pecas, sus enormes brazos y su maravillosa sonrisa eran el paraíso para mí. Claro que podría describir cada mínimo detalle de lo que me encantaba de él, pero me llevaría demasiado tiempo.

Solo por él había sido capaz de viajar a la ciudad de Nueva York en búsqueda de un regalo de navidad, un día antes de noche buena. Como buen ser humano, había dejado todo para último momento. Lo triste era que

él no notaba todo lo que causaba en mí, ni lo que podía llegar a hacer por él. Solo me veía como la hermana de su mejor amigo.

—¿Ya tienes lo que andabas buscando? —preguntó Claudia, mi mejor amiga.

—Me falta un regalo más, pero si queremos salir de aquí antes de navidad, creo que deberías ir haciendo la fila para pagar —le dije viendo la cantidad de personas que había en espera de ser atendidos.

—No te preocupes, lo mejor de las tiendas departamentales es que puedes pagar en cualquier lugar. Vamos hasta el área de hogar, posiblemente no hay nadie por allá.

—De acuerdo, solo déjame ir al área de hombres una vez más. Necesito comprar una gorra. —Ella me miró como si me fuera a salir un tercer ojo.

—¿Una gorra?, ¿podría saber para quién es ese regalo?

Negué con la cabeza.

—Te contaré después de haberlo entregado. —Ella rodó los ojos e hizo una mueca.

Caminamos hasta el área de Ralph Lauren y una gorra roja con un oso vestido de vaquero llamó mi atención. «Esta era la gorra que necesitaba», pensé, la tomé y nos dirigimos hasta el área de hogar a pagar las cosas que llevábamos. Como Claudia había mencionado, la fila no era tan extensa. El frío nos recibió al salir rumbo a la gran estación central; la nieve comenzaba a deslizarse con el viento, era hermoso. Era lo único que disfrutaba en esas temporadas.

—Ya mis pies no dan para más —se quejó Claudia y paró.

—¡Pues dile a tus pies que no se quejen, que solo van un par de calles! Prometo que pasaremos por algún Starbucks y pediremos un chocolate caliente. Solo son veinte minutos en tren hasta Bronxville. ¡Tú puedes! —Claudia hizo una pataleta moviendo sus bolsas, pero no le quedó de otra que caminar hasta la estación. Yo estaba ansiosa por entregarle su regalo a Miles.

—Lucy, ten piedad de mí. Camina más despacio —volvió a quejarse Claudia.

—Clau, sabías que veníamos de compras y sabías cómo podía ser de abrumante Manhattan en este tiempo del año. ¿No crees que debiste hacer una mejor elección de zapatos? —dije viendo sus botas de tacón.

—Sabes que nunca puedo presumir mis prendas en casa, y cada vez que vengo a Manhattan me entra mi complejo de celebridad —soltó y comencé a reírme.

—Ay, mi Claudia, eres única. Solo te digo que camines con cuidado, porque no me hago responsable de mis carcajadas.

—Si me caigo, me levantas y sales corriendo como si no me conocieras. Soy tan buena amiga que no podría exponerte a tal vergüenza por mi culpa. —La abraza y seguimos nuestro camino.

Horas después llegamos a casa.

—Por fin llegas, ya iba a llamar a Lucas para que fuera a Manhattan a buscarte —dijo mi madre al verme entrar por la puerta.

—Mamá, solo me fui por 5 horas —dije luego de ver el reloj en la pared.

—Lo sé, lo sé, solo que no puedo creer que pronto te irás para Washington D.C y no te veré todos los días. —respondió y se acercó a abrazarme.

—Madre, ya lo hablamos. Estaremos solo a un par de horas de distancia en auto, no tienes por qué ponerte así. Estoy segura de que papá te llevará cuando se lo pidas. No es como si hubiera aceptado la propuesta de ir a Los Ángeles a la escuela de cocina —dije haciendo una

mueca y ella me vio sorprendida.

—¿Tenías esa opción también? —Mordí mi labio al darme cuenta de que había hablado de más.

—Sí, pero no quería irme tan lejos de ustedes. Es verdad que Nueva York tiene muchas oportunidades, pero lo que más deseo es salir de estos suburbios y conocer lo que hay fuera de aquí —dije y ella tomó mi rostro entre sus manos.

—Aunque estuvieras más lejos, me hubiera encantado que eligieras la opción de irte a estudiar a Los Ángeles y así abrir ese restaurante que tanto has querido. —Tomé sus manos y las aparté con extrañeza.

—¿Estuviste leyendo mi diario de nuevo?

—No puedo evitarlo, Lu, eres tan tierna cuando escribes sobre Z. ¿Cuándo me dirás a quién le pertenece esa inicial? No conozco a ningún amigo o conocido tuyo que su nombre inicie con una Z.

—Porque su nombre no inicia con una Z. Lo puse así porque sé lo que tengo como madre y sé que le encanta andar viendo mis cosas.

—Soy una madre que le gusta saber que todo está bien con su hija. Sí, quizás me salto uno o dos límites de tu privacidad, pero es mi deber como madre mientras vivas aquí conmigo. Es más, si no quisieras ser una chef, te diría que también tienes potencial como escritora.

Apreté sus manos y luego las solté.

—Te lo agradezco, mamá, pero no. Sabes lo mucho que me encanta cocinar como para ponerme a estudiar otra cosa. Y ya que hablamos de cocinar, eso me recuerda que tenemos muchas cosas que preparar para recibir a la familia mañana. Ya basta de charlas, hay que terminar de decorar la casa. Traje unas luces que nos servirán. —Ella negó con su cabeza y se acercó para abrazarme.

—No puedo creer que mi pequeña se vaya de mi lado.

—Es la ley de la vida... ¡Ya!, no me quieras hacer llorar... Tengo 20 años, madre, ya no soy una niña —ella asintió y nos separamos para seguir cada una con sus tareas.

El resto del día estuvimos arreglando toda la casa y sazonomos un jamón que deseaba ahumar con una técnica que había aprendido en un video. La noche llegó y por fin tuve el tiempo de comenzar a envolver los regalos de navidad. Había sacado papeles, marcadores, cintas, todo estaba listo, y justo cuando saqué la gorra de la bolsa, Lucas entró sin tocar a mi habitación.

—¡Largo! —grité a mi fastidioso hermano.

—¿Cómo está mi rubia y hermosa hermana?

—Ja, ja. Muy gracioso.

—¿Este es mi regalo de navidad? —dijo acercándose y casi agarrando la gorra.

—No, y no hay nada aquí para ti. Vete —respondí escondiendo mis bolsas debajo de la mesa.

—Qué mala eres. Yo que venía a invitarte a la fiesta de navidad de mañana que va a ser en casa de Olivia y Ana Galeano.

Ante la mención de ellas el estómago se me revolvió. Ana mantenía coqueteándole a Miles y el, pues..., le correspondía muy gustoso. Ambas me caían mal con ese aire de superioridad que manejaban.

—No me interesa. Sabes que esas amiguitas tuyas, o, “compañeras de universidad”, no me simpatizan.

—Miles ira —dijo. Lo pensé un instante.

—Me alegra mucho por él, a mí que me importa —respondí.

—Creí que te agradaba Miles.

—Miles es tu amigo. Quizás hemos hablado algunas veces y nos tratamos con cordialidad, pero nada más. —Él apretó sus labios.

—De acuerdo, pero que conste que te invite y no quisiste. Saldré luego de la víspera de navidad, así que si cambias de opinión, me avisas. —Asentí y finalmente se fue de mi habitación.

Cuando terminé de envolver todos los regalos me acosté en la cama, pero no logré dormir ni un poco. La idea de ir a la fiesta rondaba por mi mente, pero no sabía si era lo correcto. Los amigos de Lucas eran agradables, pero casi siempre me hacían sentir como un pez fuera del agua.

La víspera de navidad la pasé entre la cocina y el jardín, donde estaba llevando a cabo mi experimento ahumado. Los halagos de un buen trabajo llegaron al momento de la cena. Éramos papá, mamá, Lucas y la abuela.

—La comida te quedó exquisita, Lucy. No entiendo por qué deseas ir a una escuela de cocina, si ya tienes el don —dijo mi padre.

—Nunca se deja de aprender, papá, y sabes que si quiero llegar a ser la mejor, tengo que aprender de los mejores —comenté y todos movieron su cabeza en afirmación.

—Estamos muy orgullosos de ti, hija —dijo mi abuela. Me puse de pie y fui hasta ella para abrazarla y dejarle un beso en su mejilla.

—Sus palabras significan mucho para mí —agregué dirigiéndome a todos.

Al terminar la cena nadie me dejó tocar los platos sucios. Dijeron que ya había hecho suficiente, que les dejara los platos a ellos y me fuera a descansar.

—Bueno, familia, nos vemos por la mañana —se despidió mi hermano camino a la puerta—. Feliz navi...

—¡Espérame! —lo interrumpí. Suspiré y continué—: bajo en quince minutos.

Lucas me miró con una sonrisa pícara.

—Solo dime en cuánto tiempo realmente —comentó cruzándose de brazos.

—Lo que me tenga que tardar. Tú eras quien más desea que vaya, así que ahora te esperas a que me retoque el maquillaje.

Veinticuatro minutos después estábamos llegando a la fiesta.

—¿Ese regalo para quién es? —preguntó con cizaña.

—Se lo compramos a Miles, lo merece por aguantarte.

Cuando llegamos a la fiesta, la primer persona que mis ojos reconocieron fue Miles. Llevaba con unos jeans rotos color negro, camiseta blanca y una chamarra navideña. Quien lo viera vestido de esta manera, no se imaginaría que Miles era un soldado de tiempo completo. Frente a él estaba una pelirroja con un collar de luces y un árbol de navidad en la diadema. Ambos se reían de algo que le estaba diciendo Miles.

—Buenas noches —saludé al llegar hasta ellos.

—Lucy, qué gusto que pudieras venir. Ven, te llevo a que conozcas a las chicas —dijo la pelirroja muy emocionada. Ana y Olivia eran gemelas. Volteé hacia atrás pidiéndole ayuda a mi hermano, pero él se encogió sus hombros.

Después de conocer a todos los invitados de la fiesta, me dirigí hacia donde me habían dicho que estaban Miles y mi hermano fumando. Ellos estaban sentados en la acera, afuera de la casa, hablando. Me detuve un momento para escuchar lo que decían antes de llegar donde ellos.

—¿Cómo sabes que podrá soportar que estés lejos por meses en misiones, donde ni tú sabes a dónde te llevan? —dijo Lucas.

—Lo superaremos, yo lo sé. Ella es la indicada, Lucas. He mantenido mis sentimientos guardados por tanto tiempo, que no puedo continuar así. Necesito decirle lo que siento.

—¿Y si ella no siente lo mismo y solo te ve como un amigo? No deberías ilusionarte sin antes decirle, por lo menos.

—Tienes razón. Por eso, al llegar a Washington, en uno de mis días libres, le confesaré mis sentimientos. Tú espera y verás que seguro lograré ganarme su corazón y hasta me casaré con ella.

Cada una de sus palabras se clavó como un dardo en mi corazón, de pronto, todo se derrumbaba.

Miles, mi Miles, estaba enamorado y era seguro que no estaba hablando de mí. Sentí un dolor en el pecho, como si algo gigantesco y terrible me absorbiera, mi corazón sangraba de dolor; estar en Washington ya no tenía sentido si Miles iba a ir para estar con alguien más. Sollocé y lágrimas comenzaron a bajar por mis mejillas, pero decidí que no iba a permitir que eso arruinara mi navidad, y mucho menos la fiesta, así que me tragué mi dolor y caminé a paso lento hacia la pista de baile. En el camino le arrebaté el vaso de cerveza a alguien y lo tomé todo de un solo golpe. Sabía asqueroso. Luego comencé a bailar. Un chico, que jamás había visto en mi vida, me abrazó por la espalda pidiendo bailar conmigo.

—No, lo siento. Quiero bailar sola —respondí.

—Solo es un baile, juro que no muerdo —dijo intentando tomarme de la cintura.

—Ella te dijo que no, Nick —dijo Miles.

Volteé a mirar a mi hermano que estaba junto a su amigo y le dije que deseaba irme. No fui capaz de mirar a Miles.

—Vamos —respondió.

Las gemelas llegaron tras ellos.

—Gracias por la invitación y feliz navidad —dije a las gemelas y caminé hacia la puerta.

—¿Qué pasa contigo? —me recriminó mi hermano caminando tras de mí.

—Solo llévame a casa, por favor.

El carro arrancó y lo único que pude ver fue la imagen de Miles haciéndose cada vez más pequeña por el retrovisor del auto.

Apanas toqué mi habitación me senté frente a la computadora y cambié mi lugar de estudio. Acepté el puesto en la escuela de cocina en Los Ángeles y arreglé lo necesario para tener dónde quedarme los primeros días. Las manos me temblaban, ¿estaría tomando la decisión correcta?

—¿Por qué ese cambio tan repentino? —inquirió mi hermano en el momento en el que se lo comuniqué a la familia. Ése fue mi regalo de navidad.

—Porque en Los Ángeles habrá más oportunidades para mí. —El rostro de todos se notaba algo triste. Sin embargo, ya no se podía hacer nada.

—Haz lo que creas mejor para ti, hija. Nosotros siempre te vamos a apoyar —dijo mi padre.

Los Ángeles era la mejor opción por donde se viera. Iba a poder estudiar en una buena universidad y a la vez tendría tiempo para sepultar todo lo que había sentido por Miles y que había guardado por tantos años. Así, lo mío con Miles, o Z, solo iba a quedar en mi memoria como la primera vez que me rompieron el corazón.

Capítulo 2



Decir que no me dolía o aterrorizaba la idea de irme lejos, sería mentir.

Como si el destino lo hubiese querido, al informarle de mi decisión a Claudia, ella brincó en un pie. Ella iba a ir también a Los Ángeles y no me había querido decir nada porque creía que yo me molestaría, pero con Claudia en Los Ángeles ahora iba a tener con quien compartir apartamento.

Los días pasaron y rara vez salí de casa; deseaba pasar tiempo con mis padres, pero entre más

me acercaba a ellos, más se alejaba mi hermano de mí. Muchas veces hasta lo vi mirándome con enojo durante la cena y siempre creí que era porque no estaba de acuerdo con mi decisión de irme a estudiar lejos, pero siempre dudas sobre el motivo real.

Unos días después, mientras sacaba las cosas del closet, encontré la bolsa de regalo que nunca le entregué a Miles. Por un momento algo se revolvió en mi estómago. Me armé de valor y fui hasta la habitación de Lucas. Toqué la puerta y no obtuve respuesta, por lo que hice lo que él siempre hacía y entré sin permiso. Tenía los audífonos puestos mientras hacía unos diseños de edificios en su mesa. Toqué su hombro, él se sobresaltó y se quitó los audífonos.

—¡Lucy! ¿Por qué no tocas la puerta? —exclamó molesto y sus ojos voltearon hasta la bolsa en mis manos.

—Lo hice, pero estabas tan concentrado que no escuchaste. Vine a ver si le puedes entregar esto a Miles. —Me miró con la ceja alzada y luego sus ojos se centraron de nuevo en su escritorio.

—Navidad fue hace cuatro días, y Miles ya no está en su casa. No le veo caso a llevarle tu regalo. —Miré hacia el lado, tratando de calmar la horrible sensación que me dejó esa información. Parecía que le urgía irse a reunir con su amada.

—De acuerdo, pues..., es tuya. Si te gusta —dije sacando la gorra de la bolsa y colocándola en la esquina de su escritorio.

—Déjala en la bolsa, ése regalo no me pertenece. Era para Miles, yo se lo entregaré cuando vuelva.

—Está bien, gracias. —Me di la vuelta para salir de la habitación y la pregunta llegó.

—¿Por qué cambiaste de opinión? —dijo. Me detuve casi frente a la puerta.

—Washington no es el lugar al que pertenezco —respondí—. Quiero conocer qué es lo que un lugar como Los Ángeles tiene para ofrecerme. Lo hablé con mamá y a ella le gustaba más la opción de irme a Los Ángeles. Además, allá tendré más oportunidades a la hora de buscar un trabajo y hasta..., quién sabe, quizás un día pueda tener una estrella Michelin.

—Me alegra saber que es por tu futuro y no por una persona. —Fruncí mi entrecejo.

—¿Creíste que alguien había influido en mí?

—Mamá no hace más que mencionar a un tal Z. Pensé que ese cambio tan repentino había sido influenciado por él.

—No, esta es una decisión completamente mía. —Su cara pareció cambiar.

—Si ese es el caso, no me queda más que desearte lo mejor, hermana. Solo te pido que cuando logres lo que tanto deseas, no te olvides de nosotros.

—¿Por qué eres tan dramático?

—No lo sé, creo que eso es lo que me vuelve especial. —Sonrió— ¿Cuándo te irás?

—Programé mi vuelo para el cuatro de enero.

—Al menos voy a poder celebrar contigo el año nuevo —comentó asintiendo. Su ánimo era otro.

El año nuevo pasó y el día de mi viaje llegó. Sentí nostalgia por no haberme vuelto a ver con Miles y no haberme podido despedir de él. Miles había viajado a Washington antes que yo, posiblemente a iniciar su nueva vida al lado de la persona que amaba.

—Como te voy a extrañar, mi niña. Por favor cuídate mucho y, si necesitas algo, no olvides en decirnos —dijo mi padre abrazándome.

Mamá y la abuela estaban en fila esperando su gran despedida.

—Te voy a extrañar mucho... —fue lo único que logró decir mi madre antes de romper en llanto. Yo también estaba por hacerlo, pero mi padre la abrazó y la alejó de mí.

—Luciana, contrólate —dijo papá—, harás que se vaya más triste y preocupada por ti.

—Lo siento, pero es que nadie te prepara para dejar ir a los niños que con devoción cuidaste, alimentaste, y que ahora son unos adultos con ganas de comerse el mundo. No puedo, no puedo. Te amo, hija —dijo lanzándose sobre mí en otro abrazo. Sostuvo mi rostro entre sus manos y me dio un beso en cada mejilla y un último en la frente—. Cuídate mucho. Sé valiente y lucha por tus sueños.

Los abracé una última vez y cuando empecé a caminar hacia la puerta de seguridad Lucas apareció.

—¿Te ibas a ir sin despedirte de mí? —dijo. Negué y me lancé a sus brazos.

—Pensé que no vendrías.

—No podía dejar ir a mi hermanita sin decirle que estoy muy orgulloso de la mujer en la que se está convirtiendo. Espero ser el primer comensal en tu restaurante. Ya sabes, si necesitas algo, cuentas conmigo. —No pude evitar hacer un puchero.

—Me van a hacer llorar —me quejé en medio de mi familia.

—Lucas solo dice la verdad, hija. Ahora ve, que tienes que pasar por seguridad —Asentí, tomé mi bolso y la maleta de mano.

Mientras hacía la fila para cruzar seguridad, los miré una última vez y pude distinguir a alguien más allá de ellos.

Miles. No solo eso. Era Miles usando la gorra que le pedí a Lucas que le entregara. Me miraba con una sonrisa en el rostro y levantó su mano despidiéndose de mí. Podía sentir un agujero en mi pecho. No quería llorar, pero no pude evitar liberar algunas lágrimas que se acumularon en mi rostro. Devolví el gesto haciendo que mis padres y mi hermano miraran hacia atrás. Mi madre volteó a verme luego de ver a Miles y pude ver su boca abierta por la impresión, volteando su cara de un lado al otro. Yo solo puse un dedo en mis labios que la hizo asentir.

Miré una última vez hacia donde estaba Miles, pero ya no estaba allí. Sonreí porque al menos había podido verlo una última vez antes de emprender mi aventura hacia lo desconocido. Sabía que volveríamos a vernos, solo esperaba que para ese entonces, el sentimiento que me quemaba el pecho ya no fuera tan fuerte como lo era en ese momento.

El vuelo fue muy cansado. Maldije el no haber aceptado el ofrecimiento de mi padre de mejorar mi asiento. Lo único bueno fue haber elegido la ventana para poder ver el cielo desde las alturas. El resto fue horroroso. Tuve a mi lado a una señora que sonaba como una tractomula y, como si eso no fuera suficiente, también dejaba caer su cabeza sobre mi hombro. Además, tenía en frente de mí a un señor que recostaba su asiento lo que más pudiera, golpeando mis piernas. Claramente mi espacio personal fue violentado en ese avión.

Al salir de la puerta de desembarque vi a mi muy especial Claudia con rosas y un rótulo que decía:

“LA MEJOR CHEF DE LOS ÁNGELES”

Caminé hasta ella ganándome muchas miradas de curiosos a causa de ese rótulo.

—¿De verdad eres chef? —preguntó una señora de aproximadamente cincuenta años que vestía un elegante vestido de lino. La reconocí del vuelo, ella iba sentada en primera clase.

—Claro, ha venido a estudiar en la mejor escuela de la ciudad, pero desde ya hace una comida exquisita, digna de estar en un restaurante cinco estrellas —interrumpió Claudia. La señora se quedó viéndome y yo solo pude sonreírle.

—Si ese es el caso, me gustaría probar un poco de lo que haces. El chef de mi restaurante se mudó a Inglaterra porque su madre tuvo un accidente así que tengo un puesto vacante y, si pasas la prueba, el trabajo es tuyo.

Abrí mis ojos al máximo sin poder creer sus palabras. La miré a ella, luego a Claudia y volví a ella abriendo y cerrando la boca como un pez. Las palabras no me salían. La señora extendió una tarjeta frente a nosotras y Claudia la tomó.

—Si puedes llegar a las cinco de la tarde a esa dirección, te lo agradecería mucho —dijo—. No puedo quedarme mucho tiempo sin chef, y yo ya no tengo la energía para manejar la presión de la cocina sobre mis hombros. ¿Qué dices?

—¡Por supuesto! Yo me encargaré de que ella esté allí —La señora se rio al verme pasmada.

—Si en mi tiempo hubiera tenido una amiga como ella, no me hubiera costado años lograr lo que tengo hoy en día. Los amigos son un tesoro, mis niñas. Cuídense. Las veré luego.

Cuando terminó de hablar, caminó hacia un auto negro, polarizado. Un hombre de traje le abrió y cerró la puerta, para luego subir en el puesto del conductor.

—Tal parece que me gane el derecho a tener el treinta por ciento de tu futuro sueldo —dijo Claudia golpeando mi hombro. Entonces las palabras volvieron a mi boca.

—¿Lo que acaba de pasar fue real, o fue un sueño? —Mi amiga apretó sus uñas acrílicas en mi oreja.

—¡Auch!

—Nada de un sueño, señorita, esta es la vida real. Eres una chica con suerte. Acabas de poner un pie en Los Ángeles y ya tienes la primera propuesta de trabajo. Solo por eso, vamos, te invitaré a almorzar y a que te relajes. Tienes una entrevista muy importante.

—¿Sabes que te admiro, verdad? —confesé abrazándola.

—Lo sé, yo también.

Caminamos hasta su auto y fuimos a comer a un restaurante cerca del edificio donde quedaba nuestro apartamento. Los padres de Claudia eran banqueros, y los mejores amigos de mis padres desde la universidad, por lo que ella y yo habíamos crecido como hermanas, junto a sus hermanos, lejos de Manhattan en un pueblo de una milla llamado Bronxville.

—Tus padres sí que no escatimaron en consentirte —comenté al ver los lujos que poseía el lugar en donde íbamos a vivir.

—Sabes que lo único que hacen es llenar con material lo que no llenan con su presencia. Amo a mis padres, pero nunca están en casa. Creo que tu madre sabe más cosas de mí que mi propia madre —dijo Clau quitándose las zapatillas.

—Mezclar una carrera y la familia no siempre es fácil, Claudia —dije sentándome a su lado.

—Lo sé, por eso agradezco que tu familia siempre estuviera para nosotros. Y así, ahora que estás conmigo en Los Ángeles, me encargaré de que esta oportunidad sea única y especial para ti. ¿Has pensado en qué plato preparar para impresionar a la señora? —Claudia tomó su cartera para sacar la tarjeta y abrió los ojos al leerla.

—¿Qué pasó? —pregunté al verla impresionada.

—Mira, no te asustes, pero... —Me entregó la tarjeta y al leerla mi corazón comenzó a despotricar.

—¿Maria Luvok? Así como ¿Madame Luvok? ¿La mujer que le ha cocinado al presidente?

No podía creerlo. No podía creer que la mujer que nos habíamos encontrado en el aeropuerto fuera la mismísima Madame Luvok. Era la mujer más aclamada, premiada y exclusiva del mundo. Había ganado el premio Mejor Chef Femenina del Mundo por 8 años consecutivos, hasta

que anunció su retiro dos años atrás.

—No conozco a otra Maria Luvok que sea dueña y chef del Luvok. —comentó Claudia—. Que es a donde iremos en una hora.

—Mierda, ¿Cómo no nos dimos percatamos antes? ¿Te das cuenta de que cocinaré para la mujer con el sentido del gusto más selectivo y crítico del mundo? ¿Recuerdas ese programa donde le dijo a un chef que su comida estaba asquerosa? Me despellejara en un segundo —comencé a hiperventilar.

—Lucinda Kensington, cálmate; respira profundo. Inhala y exhala. Nada de eso pasará, recuerda que muchas de esas cosas de la televisión son actuadas, por lo que no creo que te diga algo fuera de lo común a una crítica. Estas oportunidades no se dan dos veces, Lucy. Si el destino quiso que la encontraras en el aeropuerto es por una razón. Concéntrate en qué vas a cocinar para ella. —Asentí a lo que me estaba diciendo, debía guardar la calma.

Claudia me ayudó a pensar en cuál es mi mejor platillo.

—Aunque también deberías ir preparada en caso de que te pida preparar uno de sus platillos —sus palabras solo me hacían entrar en pánico.

—Creo que mejor me voy a ir a dar un baño. Necesito relajarme para ir abierta a todas las posibilidades que acabamos de hablar —ella asintió, me enseñó mi habitación y me ayudó a organizar mi ropa mientras yo me daba una ducha. Claudia era la hermana que no tuve. Al salir ya tenía la ropa apropiada sobre la cama para ir a mi reunión de trabajo.

—Vamos, tienes una reunión con tu futuro.

Capítulo 3



—No recuerdo la última vez que comí algo tan sabroso —decía Madame Luvok mientras degustaba lo que le había preparado—. Todo está bien equilibrado y al verlo dan ganas de comerlo. Has hecho arte, y me encanta, porque eso es la cocina. La comida entra por los ojos y si se ve maravilloso, también tiene que saber maravilloso.

Todo mi interior se estremecía; quería gritar y brincar de felicidad, pero debía guardar la compostura. Las piernas me temblaban y agradecía estar apoyada en la encimera de la cocina porque podría haberme desmayado. Mi estómago estaba apretándose de la ansiedad. María Luvok estaba disfrutando la comida de una cocinera novata, sin experiencia ni título.

—Mu-muchas gracias —tartamudeé, encontrando por fin mi voz.

En un momento se detuvo, tomó la servilleta que estaba sobre sus piernas y se limpió la boca.

—¡Nicolas! —gritó y entró un hombre vestido de sous chef—. Creo que ya encontré a quien nos ayudará en la cocina. Ven, mira sus platillos —el hombre se acercó y sentí que iba a vomitar en cualquier momento. La manera en cómo él iba detallando mis platos y probándolos a la vez me tenía sudando frío.

—Muy bueno —se limitó a decir después del último bocado.

—¿Verdad que sí? ¿Qué piensas?

—Pienso que es la esencia fresca que necesita Luvok. Esto está muy bueno, ¿Dónde aprendiste a cocinar? —dijo el hombre, limpiándose la barbilla con la servilleta.

—Desde pequeña me gustó ayudar en la cocina, así que mi madre fue la primera que me enseñó y con los años aprendí a ver videos de chefs en internet donde pudiera perfeccionar mis habilidades. Me encanta la cocina. Es más, me mudé aquí para estudiar en la escuela de Artes Culinarias —ambos afirmaron y la chef María sonrió.

—De acuerdo. Necesitamos ayuda urgente en la cocina. Tu jornada será de tres de la mañana a once de la noche.

Abrí mis ojos ante su petición. Eso era una locura, no estaría dispuesta a ese atropello.

—Por muy tentadora que sea su propuesta, madame Luvok, ése horario es imposible para mí y para cualquier persona que trabaje en este lugar. Le agradezco su tiempo, pero si ese será mi horario tendré que rechazar su propuesta. —Madame Luvok me miró, luego miró al sous chef y después ambos empezaron a reír.

—Eres perfecta para el trabajo, pequeña, tu respuesta lo comprueba —dijo ella limpiando una lágrima que bajaba por su mejilla debido al ataque de risa.

—A Madame le gusta medir el nivel de carácter, el profesionalismo y la empatía con esa pregunta. Que te negaras a ser explotada de esa manera, solo demuestra que tienes lo que se necesita para este empleo.

—Lo siento, me gusta medir a las personas; ya aprenderás a conocerme, lo sé. Puedo ver mucho de mí en ti. —Su teléfono sonó y se disculpó para poder contestar la llamada.

—¿Te parece si conocemos el lugar y te vas familiarizando con todo lo demás? —preguntó el sous chef haciendo una señal con su mano.

—Me encantaría.

~~~

Así fue como comenzó la gran aventura que, en un abrir y cerrar de ojos se convirtió en mi rutina los siguientes tres años de mi vida.

—Chef, llegaron estas flores para usted —comentó una de las meseras que entró con un enorme arreglo de flores secas a la cocina. Las dejó sobre la mesa.

—No deberías aceptarlas, o al menos investiga quién te las envía; o por lo menos no las llesves a tu apartamento. ¿Qué tal que le pongan somníferos para que te desmayes cuando las huelas y se aprovechen de ti? —comentó mi segunda al mando.

Lora Rodríguez había llegado al restaurante con los mismos sueños con los que yo llegué y como mis jefes se habían ido a viajar por el mundo, ésa vez fue a mí a quien le tocó decidir si entraba o no.

—No sé porque siempre siento que estas flores llegan en un momento muy importante. Si mi admirador oscuro quisiera hacerme algo, creo que ya habría dado la cara para eso, ¿no lo crees?

*“Para la más brillante estrella de la constelación terrenal.  
De tu admirador,  
M.”*

Decía la tarjeta.

Una parte de mí aceptaba las flores alimentando ese imposible deseo de que vinieran de parte de Miles. Aunque sabía que eso era imposible. No volví a saber de él y mi hermano no lo había vuelto a mencionar. Lo último que me dijo fue que le habían asignado una misión muy peligrosa e importante hace menos de dos años y fue lo último que supe de él. Solo me quedaba desear que se encontrara bien.

—Bueno, vamos a dejar las flores por aquí —dije, acomodando el arreglo—. Es hora de abrir el restaurante. Sulma, encárgate de que todo esté en condiciones óptimas. Cada mesa debe estar impecable. Ya sabes el protocolo.

—Sí, chef.

Era un día importante. Llegaba un crítico con su grupo a cenar a Luvok y yo sabía muy bien de quién se trataba: Louie Sabet, el tirano del momento. El cual, si nuestra comida lograba impresionarlo, haría que el restaurante mantuviera su prestigio, seguiría con tres estrellas Michelin y 4.9 estrellas en reseñas de otros clientes. Sí, eso era algo que no debía saberse, pero de alguna manera siempre nos enterábamos. Los años anteriores María había tomado el control, pero ese año nos tocaba a nosotros y yo estaba al borde de ensuciar mis pantalones.

Esa mañana llegamos más temprano de lo normal al restaurante para preparar todo y tener a disposición una gran variedad de platillos que habíamos agregado al menú unos días atrás.

Miré las flores una vez más y suspiré.

«Deséame suerte, Miles»

El servicio comenzó y, como siempre, ya teníamos varias mesas reservadas desde hacía meses, así como una larga fila de comensales esperando afuera por una mesa.

—Tengo un grupo de personas que han pedido una gran variedad de platillos, chef —las manos me comenzaron a sudar.

—Pásame la orden, yo misma la prepararé —la mesera me entregó el papel y efectivamente eran bastantes platillos.

No perdí el tiempo, comencé a preparar y a armar cada platillo con rapidez. Me aseguré de que la comida llevara buena temperatura, sabor, equilibrio y los mandé a la mesa cruzando los dedos para que todo saliera bien. Ocupé mi mente en continuar con otras órdenes para no distraerme del trabajo, poniendo el mismo amor a cada uno de los platos que salía de esa cocina, hasta que mi segunda al mando se acercó con una copa de vino.

—Creo que es hora de que te tomes un descanso, Lu, ya son las nueve de la noche. —Vi el reloj y me sorprendió la hora—. Volviste a perder la noción del tiempo. Parecías una máquina sacando platos de esta cocina.

Me apoyé en la encimera y le acepté la copa de vino. En ese momento entró el gerente del restaurante.

—Lucy, quieren hablar contigo en la mesa 16. —Asentí, miré a Lora y le entregué la copa que me había ofrecido.

Al salir de la cocina y caminar hasta la mesa, casi me voy de espaldas por la impresión.

—¡Lucy! —gritaron todos y no pude evitar correr hacia donde estaba mi familia: mi hermano, mis padres y la novia de mi hermano.

—Si la montaña no va a Mahoma, Mahoma irá a la montaña. Tienes mucho tiempo sin visitar

a estos viejos, querida, pero ahora entendemos por qué y estamos muy orgullosos —dijo mi madre mientras se acercaba para abrazarme.

—Pero... ¿Qué hacen aquí? Yo iba a viajar mañana para pasar navidad con ustedes.

—Precisamente a eso venimos. Debíamos asegurarnos de que nuestra hija encontrara el camino a casa —dijo mi padre golpeando mi nariz con su dedo antes de abrazarme.

—Yo les dije que esta vez de verdad ibas a ir a pasar la navidad en casa, pero ya sabes que los Kensington pueden ser un poco tercos. ¿Verdad, Suga? —comentó Claudia acariciando la mejilla de mi hermano.

Me había enterado de su relación unos meses atrás cuando creí que mi hermano había viajado para visitarme, pero realmente había viajado a ver a mi mejor amiga.

—Un poco nada más, bebé —aceptó mi hermano dándole un beso en la mejilla.

—No me acostumbro a verlos de esta manera —comenté asqueada—. Todavía no sé si enojarme, resentirme o dejarles de hablar. Imagínate vivir un conato de incendio en el hotel, volver a casa temprano y que lo que me reciba sea la impresión de ver a mi hermano y a mi mejor amiga besándose, entre otras cosas, ése día conocí partes de Lucas que desearía no haber conocido.

—¡Lucy!

—¡Lucinda!

Me reprendieron mis padres mirando para todos lados a ver si alguien más había escuchado la conversación.

—Hay secretos que no se deben guardar, éste era uno de ellos. No me hubiera enojado, hubiera brincado en un pie, ustedes me encantan, pero el trauma que tengo no se quita con eso. Debería de cobrarles miles de dólares por daños psicológicos.

Todos rieron.

—Ay, cariño. Solo falta que tú y Miles acepten lo que sienten.

En el momento en que esas palabras abandonaron los labios de mi madre, quise que la tierra me tragara y me escupiera en algún otro lugar. Los ojos de todos se pusieron sobre mí y miré a mi madre con evidente molestia. Ella encogió sus hombros expresando una sonrisa avergonzada en su rostro.

—¿Estás enamorada de Miles?! —preguntaron las tres personas enfrente de mí al mismo tiempo. Podía sentir la mirada de todos los comensales a nuestro alrededor.

—¿Podrían publicarlo en el periódico? —musité—. Bajen la voz.

Ellos se quedaron atónitos.

—Par de idiotas —Las palabras se escaparon de la boca de Lucas como si hubiera dicho algo que pensaba en voz alta.

—¿Por qué? —preguntó Claudia.

—Por nada, cariño. No me corresponde hablar sobre eso. Solo puedo comentar que los dos son unos idiotas —estaba por preguntarle por qué decía eso nuevamente, pero Sulma se acercó a mí.

—Perdón, chef, pero la necesitan en la mesa de allá. —Volteé la mirada y vi un grupo de personas que me observaban con una sonrisa.

—Iré en un momento. Gracias, Sulma. Si abres la boca, no iré a casa esta navidad —advertí a mi madre y luego de verla hacer un zipper sobre sus labios, me retiré.

—Buenas noches, soy Lucinda Kensington y cociné para ustedes esta noche —saludé al grupo una vez llegué a la mesa.

Eran cinco personas, una dama y cuatro caballeros.

—Señorita Lucinda, nos da mucho gusto saber que el restaurante Luvok le ha dado paso al cambio, a ideas frescas y, para mi sorpresa, deliciosas. Mi nombre es Louie Sabet, crítico culinario. Y con mis compañeros hemos decidido otorgarles este reconocimiento. —Uno de ellos sacó un estuche azul y se lo entregó a Louie quien se puso de pie y continuó—: Luvok's merece seguir siendo portador de estas tres estrellas Michelin.

El restaurante entero comenzó a aplaudir. Tomé el reconocimiento y al instante sentí la luz de la cámara frente a nosotros. Parecía un sueño, aunque algo más extraño. Esperaba que la entrega del reconocimiento fuera como en una ceremonia o algo así, no algo tan simple.

—Lo siento, no estaba preparada para esto —comenté y quité un par de lágrimas de mis mejillas—. Parece como si el universo hubiera alineado todo a mi favor. Hasta mi familia se encuentra presente. Les agradezco, esto significa muchísimo para mí, para Luvok's y para todos los que trabajamos en este lugar. Y para seguir con la tradición de Madame Luvok, la siguiente botella de vino es cortesía de la casa. ¡Qué sigan disfrutando su noche!

Sonreí levantando la placa que nos estaban otorgando, hasta que Louie se acercó un poco más a mí y rodeó mi cintura con su brazo para tomar una foto juntos. Se sintió muy incómodo, sin embargo sonreí para la cámara y me alejé de inmediato. La gente comenzó a alejarse para seguir con sus asuntos y Louie volvió a acercarse.

—No sabía que Madame Luvok fuera capaz de dejar la responsabilidad de su restaurante a una chef tan joven y bella —comentó y la mujer que estaba sentada a su lado se puso de pie.

—Muchísimas gracias, señorita Lucinda. La comida estaba deliciosa. Creo que ya es hora de irnos, nuestro trabajo ya está hecho —dijo entrelazando su mano en el brazo de Louie.

—Les agradezco por esto. Yo también debo volver a la cocina. Buenas noches. —Me despedí de ellos estrechando la mano de cada uno de los presentes.

Mientras caminaba a la cocina volteé a ver hacia donde estaba mi familia y con la boca abierta les mostraba el estuche gesticulando un “oh por Dios”. Llegué a la cocina y todos me recibieron con un aplauso. Como lo dije anteriormente, eso se sentía como un sueño. Aunque ni en mis sueños más locos me hubiera imaginado ganando ese reconocimiento a mis 23 años.

«¿Seré la Chef más Joven en haber ganado tres estrellas Michelin?», la pregunta saltó en mi cabeza y la sola idea me encantaba. Había logrado mi más grande anhelo desde que decidí estudiar gastronomía. Ahora lo único que me faltaba era encontrar el amor. Entonces otra frase saltó a mi cabeza:

«Par de idiotas», el recuerdo de lo que mencionó Lucas me llenó de intriga y nació en mí la necesidad de saber a qué se refería con esa frase. Luego recordé la conversación que había tenido mi hermano con Miles aquella navidad. Miles estaba enamorado de alguien, eso sí lo escuché claramente, pero no se estaba refiriendo a mí ¿o sí?

## Capítulo 4



—Sabía que mi intuición no me fallaba. Desde que te vi supe que había algo especial en ti, solo necesitabas una oportunidad para demostrar tus capacidades —dijo madame al día siguiente luego de reunirnos a todos sus trabajadores antes de abrir—. Estoy muy feliz por todos ustedes y su enorme labor el día de ayer. Por esa razón he decidido que todos van a tomar unas buenas vacaciones este año como premio por su arduo trabajo.

Todos gritamos eufóricos.

—¡Una vez se haya terminado la temporada alta! —aclaró elevando la voz por encima del bullicio—. Excepto tú, Lucy, tú te mereces las vacaciones desde este momento. Lora podrá

encargarse del restaurante en tu ausencia, ¿no es así, Lora?

—¡S-sí, chef! —gritó Lora.

—Ve a visitar a tu familia y descansa estos días. Te lo mereces. Ahora, todos a trabajar. Hagan que me siga sintiendo orgullosa de haberlos contratado.

—Lo haremos, Madame, disfrute de Praga con su chico —dijo una de las cocineras y detrás de ella apareció el señor Nicolas diciendo adiós. Cuando salieron, todos nos miramos.

—Creo que será una navidad interesante, incluso para madame —comentó Sulma.

Todos nos reímos. La mañana iba a ser larga, aún faltaba bastante por acomodar antes de abrir, pero todos seguíamos en modo celebración. Además, solo faltaban dos días para nochebuena y tenía que dejar bastantes cosas en reserva antes de salir para donde mis padres.

—Jamás me imaginé que Madame hiciera algo así. —comentó uno de los cocineros—. Llevo trabajando aquí seis años y que madame prometiera vacaciones a todo el personal es algo que nunca ha ocurrido. Los días antes de nochebuena siempre fueron como si tuviéramos al viejo Ebenezer Scrooge como chef.

—El amor, Michael, el amor cambia a las personas. Creo que un poco del mal genio de madame era por su soledad. Se centró tanto en su carrera y en ganarse un puesto entre los grandes que ahora que tiene a Nicolas su corazón se ablandó. —comentó Sulma, ella también tenía entre cuatro y cinco años de trabajar en el restaurante.

—Los cambios siempre son para mejor, y el amor siempre nos cambiará para mejor; de lo contrario no sería amor. Madame y Nicolas solo son una muestra que el amor llega sin importar la edad. —Ambos se me quedaron mirando un rato con una sonrisa extraña y asintieron.

—Vamos, que tenemos mucho trabajo por hacer antes de que me vaya —reaccioné.

Ellos siguieron su camino a la cocina, mientras yo me quedé viendo el estante de los premios. «¿Cuál será el siguiente logro?», pensé. Ya me había graduado de la escuela de cocina, trabajaba en un restaurante 5 estrellas, el cual, bajo mi mando, había ganado tres estrellas Michelin, ¿ahora qué?

Mi teléfono sonó. Era mi madre.

—Hola, cariño, ¿estás ocupada?

—Hola, madre. No, por el momento no. Dime.

—Quería saber si tienes todo listo para tu viaje. ¿Vas a ir, verdad?

—Sí, madre. Incluso puedo irme más tarde con la tranquilidad de que no trabajaré en nochebuena.

—¿En serio?, ¡Ay, que felicidad!

—Yo te lo prometí, madre. Te veré en un rato más, ¿sí?

—Sí, sí, no te tardes.

—No lo haré, tranquila.

El servicio del almuerzo llegó a su fin más rápido que un parpadeo. Ya habíamos logrado adelantar bastantes preparativos para nochebuena y todo estaba organizado para que incluso Michael pudiera atender ese día solo, así que era tiempo de salir.

—Ya saben, si tienen dudas sobre cómo decorar o hacer algo, llámenme, o a Madame. Recuerden que para hacer la salsa de...

—Ya vete de aquí, estaremos bien —dijo Lora empujándome de la cocina—. Tú nos has enseñado bien. No te preocupes que con unos días que no estés aquí no pasa nada. Feliz navidad, Lucy.

—De acuerdo, de acuerdo, ¡Feliz navidad para todos!

—¡Feliz navidad, Chef!

Saliendo de la cocina se me acercó Lora a susurrarme algo al oído.

—Yo te llamaré si tenemos alguna duda sobre algo. No lo dije allá atrás para no ponerlos en pánico, pero seguro todo saldrá bien.., o eso creo. —Todo el cuerpo se me erizó apenas Lora dijo eso y pensé en que tenía que cancelar todo lo que tuviera con mi familia para quedarme en el restaurante supervisando cada plato, pero antes de que dijera algo, ella interrumpió mis pensamientos.

—Es broma, Lucy. Vete tranquila. Todo estará bien aquí. Más bien tráeme un recuerdo de Nueva York, no se te olvide —Mi cara de pánico pasó a ser sonriente en un suspiro. Negué con la cabeza, le di un abrazo, me quité el gorro y se lo entregué.

—Nos veremos luego, chef. Feliz navidad. —Ver su rostro cuando le entregué el gorro fue un poema.

—Gracias —dijo con un nudo en la garganta.

—Es prestado, pero puedes usarlo.

Quiso decir algo, pero la emoción la calló y luego nos despedimos. Afuera ya estaban esperando mi hermano y Claudia. Para no perder la costumbre, estaban comiéndose a besos.

—¿Pueden dejar de ser tan presumidos? Lo único que lograrán será darme sobrinos pronto.

—Tranquila, por el momento no los tendrás —dijo Claudia. Luego ambos se vieron y rieron.

—Esas risitas de complicidad no sé cómo interpretarlas.

—No estoy embarazada, Lucy, por ahora. Ganas no me faltan, quien no quisiera darle un hijo al arquitecto Lucas Kensington —dijo al mismo tiempo que Lucas rodeó su cintura y volvieron a besarse.

—Bueno, bueno, vamos que llegaremos tarde y mi madre me matará —dije y caminé hacia el carro con prisa.

—Tranquila, Lucy —dijo Claudia al rebasarlos—, tenemos tiempo suficiente. A menos que tu ansiedad sea por ir a ver a otra persona.

—No sé de qué estás hablando —abrí la puerta del auto y entré.

Lucas le abrió la puerta a Claudia, ella se deslizó dentro del auto y se giró para verme. Tenía una sonrisa brillante.

—Tienes muchas cosas que explicar, señorita.

—Ahora estoy un poco cansada.

—No te preocupes, tendremos seis horas en el vuelo —respondió. Lucas entró al auto.

—No voy sentada cerca de ustedes.

—Yo creo que sí, querida. Vi tu número de asiento en la confirmación de los tickets y, según me pareció, este monumento de mujer irá entre los hermanos Kensington.

—Voy a solicitar cambio de asiento entonces. —Sabía de qué quería hablar Claudia, sabía el tema que quería escarbar o, más bien, desenterrar, pero no tenía ganas de hablar con ella en ese momento.

—¿Por qué es tan malo hablar de tus sentimientos? —preguntó mi hermano, viéndome por el retrovisor.

Suspiré con fuerza.

—¿alguien más sabía de tu amor por Claudia? —repliqué con otra pregunta. Él solo alzó la ceja.

—Miles, su hermano mayor, papá, ella...

—¿Significa que solo yo no sabía?! —grité y él se encogió de hombros.

—Al principio creímos que no era amor, Lucy. La distancia fue la que habló por sí sola. De pronto no podía sacarla de mi cabeza y aunque lo único que habíamos hecho en aquel entonces había sido darnos un solo beso, al parecer me bastó para entender que esta hermosa morena, tendría que ser mía y yo tendría que ser suyo. También debo confesarte que aquí la señorita me ignoraba las llamadas, mensajes, correos...

—Y por eso viniste y conocí partes de tu cuerpo que no quería conocer —dije mirando a Claudia.

—¿Podrías culparme? He soñado con este hombre desde que éramos unas adolescentes y los mirábamos jugar baloncesto en el patio de tu casa. Estaba escrito que Lucas Kensington era para mí y yo para él. Ya van a ser dos años juntos y estamos en nuestro cuento de hadas —concluyó viendo a mi hermano a los ojos. Él la volteó a mirar y dejó en su boca un corto beso.

—Entiendo... Por cierto, Lucas, cuando dijiste que Miles y yo éramos unos idiotas, ¿A qué te referías? —me aventuré a preguntar al fin. No había podido sacarme ese comentario de la cabeza.

—Cuando lleguemos a casa lo entenderás —dijo Claudia volteando a verme con una sonrisa.

—No entiendo nada.

—Solo déjate sorprender.

—Cariño —gruñó Lucas.

—De acuerdo, Suga. Me callo.

—Sigo sin comprender por qué le dices como uno de los integrantes de ese grupo de K-pop que te gusta. ¿Cómo es que se llamaba?

—BTS, Lucy. Y, para tu conocimiento, querida amiga, no le digo Suga por eso. Si no porque es mi bello arquitecto que ya gana muchos dólares, es mayor que yo y quise llamarlo de una forma más original. Es como si le dijera que es mi sugar daddy.

—¿Sugar daddy?, ¿y eso es original? —No me pude aguantar la risa, no cabía duda de que mi amiga estaba loca.

—A mí me gusta que me diga así, es algo de nosotros —dijo mi hermano dándole un beso al dorso de su mano.

—Bien, cada loco con su cuento. Me alegra por ustedes. Ahora, ¿Sería mucho pedir que aceleres? Mi madre estará trepando por las paredes si no estamos en el apartamento en veinte minutos.

El recorrido al apartamento fue muy entretenido. Ellos cantaban a todo pulmón la canción del momento *All I want for Christmas is you* de Mariah Carey. En un par de ocasiones no pude evitar sonreír y pensar en cómo sería cuando el amor llegara a mi vida. ¿Sería igual que el de ellos? Amé ver la manera en cómo mi hermano siempre buscaba la mano de Claudia y la miraba absorto en ternura; sin olvidar las sonrisas que se regalaban. Estaban enamorados y eso era indiscutible. Me preguntaba cómo pude haber sido tan ciega y no darme cuenta antes.

—Vienes muy callada, ¿está todo bien? —preguntó Lucas cuando me abrió la puerta.

—Todo bien. Solo estoy muy ansiosa por volver.

—Todo estará bien, ya lo verás.

—Eso espero. —Algo me tenía inquieta.

Subimos al apartamento y mis padres ya nos esperaban con las maletas en la puerta.

—Ya tengo todo listo —comentó mi madre con una sonrisa.

—Me doy cuenta —respondí.

—Fue difícil decidir qué ropa interior empacar, pero...

—¡Mamá!

—Mentira, cariño. Todo lo que dejaste sobre la cama lo organicé en tu maleta.

En ese momento recordé que no había metido nada en la maleta porque una parte de mí pensaba utilizar eso como una excusa para no ir. Sin embargo, no contaba con la presencia de mis padres.

—Bueno, ¿qué estamos esperando? Vámonos que se nos hace tarde —mencioné levantando la manija de la maleta y haciéndola rodar hasta la puerta.

La ansiedad me tenía hasta con dolor de oído en el avión. Mientras tanto, Claudia estaba encima de mí, preguntándome y reclamándome sobre por qué nunca le había dicho que estaba enamorada de Miles. Por supuesto, yo contraatacada diciéndole que ella tampoco me había dicho nada sobre mi hermano. Y así resumiría ese vuelo como las horas más eternas de mi vida. Cuando el piloto anunció el descenso y que nos colocáramos nuestros cinturones, fue un enorme alivio.

—Me pregunto si el hecho de emparejarte con mi hermano te volvió más molesta.

—¿Eso es lo que piensas de mí? —preguntó ella después de verme una última vez y volver toda su atención hacia Lucas. Al parecer se había molestado.

Para mi sorpresa no volvió a dirigirme la palabra y le pidió a mi hermano ponerse de pie para ser de los primeros en bajarse del avión. No los volví a ver.

—¿Pasó algo? —preguntó mi madre a lo que nos encontramos en el aeropuerto. Mis padres iban en asientos de primera clase, así que no estaban al tanto de todo lo que se había comentado en el avión.

—No, solo lo normal, o lo que ya todos sabemos. Claudia siendo Claudia —ambos asintieron y seguimos nuestro camino a la salida del aeropuerto.

—¿Familia Kensington?

Esa voz... Mis piernas comenzaron a temblar. Tenía años de no escucharla, pero definitivamente no podría confundirla con la de alguien más. Lentamente me dí la vuelta y ahí estaba él.

Miles Milligan en su máximo esplendor.

## Capítulo 5



—Miles, muchacho, tiempo sin verte —dijo mi padre y se acercó a él para abrazarlo.

—Lo mismo digo, señor Kensington.

—¡Qué hermosas flores!, ¿esperas a alguien? —escuché a mi madre decirle. Me había concentrado tanto en su rostro que no me fijé en los detalles, pero ahora quería gritar al verlo con la gorra que yo le regalé y las flores.

Las flores... Reconocí esas flores. Eran las mismas flores que me habían estado enviando

todo este tiempo...

—Sí, señora. He esperado a alguien por muchos años, pero ya no deseo seguir esperando sin que ella sepa que lo he estado haciendo —dijo acercándose a mí.

¿Y sin era un sueño y cuando despertara estaría de vuelta en el avión? Su cercanía estaba provocando que se me olvidara respirar. Mi corazón parecía querer salir por mis orejas y mi estómago amenazaba con hacer de las suyas. Solté mi maleta y pellizque mi brazo.

—No te pellizques, Lucy —rio Miles—, esto no es un sueño. —Luego se dirigió a mis padres — ¿Señores Kensington, les molestaría si me robo a Lucy por un momento?

Mamá se rio y asintió, luego volteó a mirar a papá.

—Ella es mi tesoro, Miles... —dijo en un tono como de advertencia.

—Lo trataré como tal, señor, claro, si me aceptan —seguía sin poder encontrar mi voz. Mis labios solo se abrían y cerraban, pero no lograba formular ni una sola palabra.

—¡Qué se diviertan! —exclamó mi madre con una sonrisa en el rostro.

Mis ojos se encontraron con los suyos, quien me miraba con una enorme y resplandeciente sonrisa. Ésa que me hizo enamorarme de él. Al fin mis labios encontraron las palabras.

—No sé si es que he pasado tanto tiempo en frente de una estufa y se me han quemado las neuronas, o si vivir lejos de mi familia me ha vuelto más lenta, pero no entiendo nada de lo que está pasando. ¿Qué haces aquí y a qué te refieres con lo que acabas de decir?

—Lo que escuchaste, Lucy. Fui un idiota al no decirte que estaba enamorado de ti desde que eras una adolescente y te encantaba utilizar esos brillantes tenis rosa de plataforma. —Con cada palabra que pronunciaba se acercaba un poco más. La poca estabilidad emocional que me quedaba se perdió cuando sus dedos hicieron contacto con mi mejilla.

—¿Siempre estuviste enamorado de mí? —pregunté sin poderlo procesar. Podía sentir algunas miradas de curiosos sobre nosotros.

—Creo que solo hay una manera de comprobar lo que te estoy diciendo.

Soltó el ramo y, sin darme oportunidad de nada, tomó mi rostro entre sus manos y me dio un tierno beso que congeló todo a nuestro alrededor. Mis manos fueron a sus brazos y cuando se separó no pude creer que la vida fuera tan perfecta. Rodeé su cuello con mis brazos y él hizo lo mismo, rodeando mi cintura. Me aferré a su cuerpo esperando despertar, pero el sueño no se apagaba.

—Yo también he estado todo este tiempo enamorada de ti, Miles Milligan. Pero.., yo escuché, te escuché decir que al llegar a Washington le dirías a alguien que... —comencé a decir queriendo liberar un poco de lo que tenía atravesado en mi pecho desde hacía tres años, pero se me quebró la voz y una lágrima bañó mi mejilla.

Él se alejó, me limpió la cara mojada con su mano y sonrió.

—Hablabas de ti, Lu. Lo que quería decir era que cuando estuvieras en Washington, lejos de todo y de todos, finalmente tendría el valor de decirte por fin lo que sentía por ti.

Sus palabras me dejaron en shock. Todo el tiempo pensando en que Miles estaba enamorado de alguien más, pero en realidad lo estaba de mí. Me reí y lo abracé.

—Eres un idiota, Miles Milligan —dije entre sus brazos—. Ahora entiendo el comentario de Lucas cuando dijo que ambos éramos unos idiotas. ¿Él siempre supo que estabas enamorado de mí? —Miles asintió.

—Le prometí que esperaría a que fueras a la universidad para comenzar a conquistarte.

—De hecho, negociamos eso —Lucas apareció detrás de él, sujetando la mano de Claudia—. Yo quería que esperara hasta que terminaras tus estudios, luego él se enteró de lo mío con

Claudia y lo utilizó en mi contra.

—Son como un par de niños —comentó Claudia con una sonrisa. Lucas había logrado contentarla.

Lucas la miró.

—Somos hombres, inmaduros, pero hombres. Ahora, vamos que mis padres están esperándonos en la entrada.

—Nosotros no iremos con ustedes. Le he pedido permiso a tus padres para platicar a solas con Lucy. Pueden llevarse el auto, tengo algo preparado para ella —comentó Miles guiñando el ojo hacia ellos y apretó ligeramente mi mano. No me había fijado que su mano estaba entrelazada con la mía.

—Tomaremos un Uber —se apresuró a contestar Claudia—, ustedes diviértanse —dijo mirándome con una sonrisa cómplice.

Claudia se llevó a rastras a mi hermano.

Miles tomó el ramo que había dejado en el suelo y me lo entregó.

—Así que eras tú quien me enviaba esas flores.

Él asintió.

—Gracias a tu hermano estaba enterado de todo lo que pasaba contigo. En tus cumpleaños no podía faltar un detalle de mi parte, tu graduación, y ayer sabía que sería un día importante para ti. Pero bueno, creo que tenemos muchas cosas de las que hablar, ¿te parece si me acompañas a cenar?

—Miles Milligan, ¿estás invitándome a cenar? —dije abrazando las flores.

—Así es.

—¿Y si me niego? —pregunté alzando mi ceja.

—Te besaría hasta que aceptes. No tengo ningún problema con hacerlo aquí y ahora —dice acercándose a mí con una sonrisa ladina.

—Está bien, vamos —dije y empecé a caminar hacia la salida.

—No, así no —extendió su mano y con sus ojos la señaló. Lo dudé por un momento, pero de igual manera la tomé.

—Encajas a la perfección en mi mano —pude sentir mis mejillas arder ante ese comentario.

—¿A dónde me llevarás?

—Es una sorpresa. Solo puedo decirte que necesitamos recuperar todo el tiempo que perdimos por mi culpa. Además, tengo hasta mañana para devolverte a tu casa.

—Creo que no puedo negarme.

—Me encantaría que lo intentaras —dijo con una sonrisa coqueta.

—Te desconozco —dije, pero estaba fascinada. Ese Miles era completamente diferente al Miles callado que conocí hace años.

—Durante estos últimos años me he dado cuenta de que jugamos mucho con nuestra vida. Pecamos al dejarle todo al destino y pensar que las cosas llegan por sí solas. El 99.99% depende de nosotros. Como ahora, tu hermano me llamó, me dijo lo que se le escapó en una conversación ayer y me prometí no dejarte ir nuevamente. Pero ya tendremos tiempo de discutir todas estas emociones durante la cena. ¿Vamos? —acepté y caminamos hasta el estacionamiento, él abrió la puerta para mí, y no perdió tiempo para entrar y poner el auto en marcha.

—Es algo desconcertante tu silencio, ¿sabes? —comentó—. Siempre te he tenido bajo el concepto de ser una mujer que dice lo que piensa y hace lo que quiere.

Sonreí ante su comentario, porque ni yo misma sabía lo que estaba pasando conmigo en ese

momento.

—Es que no puedo creer lo que está pasando.

Miles estacionó el auto, salió y abrió mi puerta.

Al bajarme me di cuenta de que nos encontrábamos en Bronxville, en la calle principal. Una sonrisa se dibujó en mi rostro. El lugar estaba repleto de luces y adornos navideños. La gente aún caminaba con bolsas de regalos y disfrutaba del ambiente.

—Ven —me tomó de la mano y pude ver la mirada de algunos conocidos sobre nosotros.

—Nos están viendo, Miles.

—No me importa. No tengo nada que ocultar, pero sí mucho por presumir.

Su respuesta me hizo suspirar. Era tan tierno y su porte era tan diferente al de la última vez que lo vi. Estaba más musculoso, más maduro, hasta rudo, y me encantaba.

Caminamos hasta llegar al restaurante de la mamá de Miles. Apenas y dejaba de creer que esto se trataba de un sueño cuando entré a ese lugar y mi familia estaba ahí, esperándonos. La madre y hermana de Miles estaban presentes y algunos de nuestros compañeros de la infancia.

—¿Qué es esto? —pregunté. Miles me sonrió y caminó conmigo hasta quedar en el centro del lugar.

—Disculpen, me gustaría tener su atención por un momento —dijo tomando mi mano—. Pónganse cómodos porque la historia que les contaré será algo larga.

Mi mirada fue hacia mi madre, quien estaba con una enorme sonrisa en su rostro, recostando su cabeza en el hombro de mi padre. La madre de Miles nos miraba de igual manera, nuestros hermanos también. Los desconocidos del lugar estaban expectantes a lo que Miles iba a decir.

—Para muchos no es nuevo saber que mi madre se mudó a esta comunidad hace trece años en busca de un nuevo comienzo para mi hermana, para mí y para ella misma después del fallecimiento de mi padre. En lo personal jamás creí poder reponerme de la pérdida de mi padre, pero sabía que debía avanzar si quería ser de apoyo para mi madre y mi hermana. Adaptarnos a esta nueva vida fue fácil, pero porque fuimos acogidos por todos en este lugar. Así, seguí con mis estudios y fue donde llegó Lucas Kensington a mi vida. Quien, más que mi mejor amigo, se convirtió en un hermano para mí.

Lucas levantó su vaso de gaseosa al otro lado del salón en honor a Miles, y éste continuó:

—Pero Lucas no vino solo. Con él vino la mujer que está a mi lado. Hace once años que esta mujer entró en mi cabeza y en mi corazón. En aquel entonces éramos unos niños, no teníamos nada en común, excepto a Lucas. Con el pasar de los años, fui enamorándome cada vez más profundamente de ella, pero en ese tiempo no sólo incrementaba mi amor, sino también mis responsabilidades. Quise sentirme cerca de mi padre, de lo que le gustaba y eso me llevó a servir con honor a este país. Fue una decisión determinante, pues no iba a permitir que mis deberes lejos de casa por tiempo indefinido, la hicieran detener su vida. Sin embargo, por no confesarle mi amor a tiempo, la perdí. La verdad no sé si lo que pasó fue necesario, solo sé que así tuvo que ocurrir. Y hoy Lucy no solo ha vuelto a su ciudad, sino que ha vuelto a mí. Y enfrente de todos ustedes prometo no dejarla ir.

## Capítulo 6



El lugar completo estalló en silbidos, aplausos y gritos de júbilo.

—¡Por fin! Pensé que jamás vería a mi hijo así de feliz con alguien y es muy emocionante ver que por fin ese momento ha llegado. Disculpa a este tonto hijo mío, Lucy. Mi Michael, su padre, era igual que él. Obstinados para unas cosas, pero no para otras —dijo la señora Adeline mientras me abrazaba.

—También ha sido una sorpresa para mí, señora Adeline —dije volviendo a tomar la mano de Miles.

—Eres la única en mi mente y corazón. Tu recuerdo y la esperanza de volver a verte son lo

que me ha sacado de momentos de dificultad mientras he estado lejos. Sé que puede parecer algo loco, pero así ha sido —confesó abrazándome.

—Loco sería que siguieras callando. Creo que el error fue de ambos. Si yo no hubiera sido tan impulsiva y no hubiera cambiado mi destino, posiblemente nuestra historia ya estuviera en otro nivel.

—Sí, pero no tendría a mi grandiosa chef cumpliendo su sueño a tan corta edad. Yo pude haberte detenido ese día en el aeropuerto, pero no lo hice porque quería que volaras con tus propias alas y conocieras todo lo que el mundo te ofrecía. Pero debo confesar que todo este tiempo para mí fue una tortura.

—Y ahora mi futuro yerno decidió agarrar al toro por los cuernos.

—¡Papá! —exclamé al verlo golpear el hombro de Miles con una sonrisa.

—Debo de admitir que desde hace un tiempo me gusta este muchacho para ti. Un hombre de honor y que cuida de su familia es un hombre merecedor de mi respeto, y este chico tuvo esa responsabilidad sobre sus hombros desde que lo conocí. Además ya soy un lobo viejo, conocía esas miradas que ustedes se daban.

—¿Lo sabías entonces? ¿Sabías quién era Z y no dijiste nada? —dije mirando a Mamá.

—¿Z?, ¿de qué hablan? —preguntó Miles. Miré negando con la cabeza a mi madre.

—Nada, cosas que después ella te contará —comenté y solo me quedó sonreírle a Miles cuando él me devolvió la mirada.

—¿Y para cuándo es la boda? —preguntó Claudia sobre todas las voces del lugar, ganándose la intensa mirada de todos.

—Por mí, mañana mismo —respondió Miles y todas las miradas cayeron sobre mí.

—¿¡Mañana!? —pregunté tratando de encontrarle sentido a todo lo que estaba pasando.

—Es un decir, cariño, yo no tengo ningún problema con eso —dijo con esa sonrisa hipnotizante con la que pone de rodillas a cualquiera.

—¿Qué les parece si pasamos a comer? Hoy la casa invita —comentó Adeline, riéndose.

La cena pasó entre historias sobre mi experiencias en Los Ángeles, los famosos para los que he cocinado y los que han sido difíciles. Miles comentó lo peligrosa que fue su última misión y que casi fueron asesinados él junto a todo su escuadrón, explicó que ya había subido de rango y se había convertido en sargento, por lo que ahora tenía más responsabilidades.

—Miles, ¿cuándo tienes que regresar a la base? —preguntó mi hermano.

La cara de Miles cambió drásticamente y todo mi cuerpo se tensó esperando su respuesta.

—Tengo que estar pasado mañana a las seis de la mañana. —Ninguno comentó nada.

Aunque sabía que cada uno tenía que seguir con sus obligaciones después de navidad, me tomó por sorpresa. Yo debía regresar a Los Ángeles al día siguiente de su partida.

—¿El día de Navidad? —preguntó su madre. Él asintió sujetando mi mano con fuerza.

—Sí, y por poco no me ven aquí, pero solicité un permiso por mi rango y gracias a eso me han otorgado esta semana. Muchos de mis soldados no han tenido este privilegio.

—Debemos de aprovechar este momento al máximo entonces. Yo de igual manera tengo que regresar a Los Ángeles al día siguiente de Navidad.

—¡Ay no, Lucy! ¿Tú también? —exclamó mi madre indignada.

—Ya, mujer, no te agobies —replicó mi padre.

Minutos después nos terminamos de despedir y agradecemos a Adeline por la cena. Mis padres se fueron con Lucas y Claudia para la casa, y yo me fui con Miles.

—¿A dónde vamos? —pregunté por segunda vez en el día.

—A un lugar donde podamos hablar con más tranquilidad y pueda besarte sin que te sonrojes —tomó mi mano y no la soltó durante todo el camino.

Llegamos a una pequeña casa rodeada de árboles en las zonas más bonitas de la villa de Bronxville, Nueva York. El me pidió esperar un momento en el auto y cada minuto pareció más largo que el anterior. Me sentía nerviosa y ansiosa, las manos me sudaban, la boca la tenía reseca, no aguanté más y salí del auto a esperarlo, pues sentí que me volvería loca ahí dentro. El frío ya tenía congelada mi nariz. Minutos después él salió y se sorprendió al verme fuera del auto.

—Lu, estás fría, vamos a adentro. No quiero que te enfermes. ¿Por qué no me esperaste adentro del auto? —dijo apagando el auto.

Luego me tomó del brazo, caminamos hacia la casa y cuando crucé la puerta quedé sorprendida. Había pétalos de rosas desde la entrada y un camino de velas que iluminaban el lugar.

—¿Qué...? —no pude terminar de hablar pues sus brazos me levantaron y caminó hasta llegar a la sala donde vi palomitas sobre la mesa, mis gomitas favoritas, mis Cheetos favoritos, vino, agua, y en la enorme televisión estaba el logo de Warner Bros. La emoción fue tanta que mi nariz comenzó a picar y mis ojos a llenarse de lágrimas.

—¡Esto es muy hermoso! —comenté cuando volvió a poner mis pies sobre el suelo. Era era lo más lindo que alguien había hecho por mí.

—De haber tenido más tiempo para preparar... —no lo dejé terminar y mis labios chocaron con los suyos.

—Para ser mi primera cita, todo está perfecto —dije en el momento que me separé viendo hacia la mesa.

—¿Tu primera cita? —preguntó, y yo asentí.

—Aunque no lo creas, mientras estuve aquí esperé a que mi primera cita fuera el indicado, es decir, tú. Y durante el tiempo que viví en Los Ángeles estuve muy ocupada entre mis estudios y estar detrás de una estufa. Nunca acepté ninguna solicitud.

—Lo siento, no debí hacerte esperar tanto —puse un dedo sobre sus labios.

—Ya basta de hablar de lo que hubiera sido y no fue. Lo que importa es el aquí y el ahora, que estamos juntos y me muero por sentarme en ese sofá a ver la película que tienes pausada en la televisión.

—Recuerdo una vez que fui con Lucas a recogerte a ti y a Claudia del cine. Nunca se me va a olvidar que saliste llorando diciendo que la protagonista solo pudo encontrar la felicidad en el más allá y no paraste de hablar sobre las veces que la muerte puede ser libertad para un alma, pero dolor para otra. La manera en cómo te había impresionado esa película me conmovió y me prometí verla contigo en algún momento.

—Por favor, dime que no es *El laberinto del fauno* —dije y sentí mis ojos llenarse de agua.

—Aunque podemos ver alguna saga o una película navideña, si quieres.

—No puedo creer que prestaras atención a ese detalle. Miremos la que ya tienes preparada primero, luego veremos que otra ponemos.

—De acuerdo, preciosa, ven.

Miles me ayudó a quitar mi chamarra, tomó mi mano, caminamos hasta el sofá y nos cubrió con una frazada. Sus enormes y fuertes brazos rodearon mi cuerpo y así nos quedamos en completo silencio viendo la película. Él recargó su barbilla sobre mi cabeza y, en más de una ocasión, percibí que inhalaba el aroma de mi cabello. Su corazón latía a gran velocidad. La

película terminó y como siempre terminé en gran llanto por la pobre Ofelia.

—No llores, mi amor —esa frase, “mi amor” alborotó hasta la más loca de mis hormonas y volteé a verlo—. ¿Por qué me ves así? —preguntó al ver cómo admiraba cada detalle de su rostro y la manera en cómo me aventuré a llevar mis manos a su pecho.

—¿Así como?

—Como si fueras a devorarme.

—¿Y se puede? —pregunté sin el más mínimo descaro.

—Me temo que eso no pasará por ahora, cariño. Tu padre y tu hermano me despellejarían vivo.

—¿Por qué?

—Créeme que me he controlado todo este tiempo. Deseo que seas mi esposa antes de llegar hasta ese punto contigo, hermosa —comentó, acariciando mi barbilla y no pude creerlo.

—¿Tu oferta sigue en pie? —pregunté dispuesta a hacer de estos días una locura.

—¿Cuál?

—De casarnos mañana.

—Nena, no creo que a tus padres les agrade esta idea. Quiero hacer las cosas correctamente.

—Dijiste que en estos días recuperaríamos lo que no habíamos hecho en estos años. Yo deseo ser tu esposa, tú te vas a ir y no sé por cuánto tiempo. Quiero esperarte no como una novia, si no como lo que siempre desee ser, tu esposa, Miles Milligan. A parte de que será el mejor regalo esta Navidad. Hagamos de estos días los más osados de nuestra vida. Vivamos estos días, ya que no sabemos qué sucederá mañana, pero sí que hoy nos amamos —concluí dándole un beso en sus labios.

Se puso de pie y se arrodilló delante de mí. Todas nuestras emociones estaban a flor de piel. Cada parte de mi cuerpo temblaba de emoción. Me había atrevido a confesar todo lo que por tantos años deseaba al ser su pareja real.

—Lucinda Kensington, esperé mucho para esto y esperaba tener las palabras correctas para este momento. Sin embargo, creo que la manera correcta para pedir matrimonio es prometer algo. Es por eso, mi amor, que prometo amarte cada día de mi vida. ¿Estás dispuesta a ser solo mía? —dijo con una sonrisa y una emoción muy visible en sus ojos.

—Siempre he sido solo tuya, Miles. Siempre he esperado por ti —respondí con lágrimas en mis ojos.

—¿Quieres ser mi esposa? —repitió.

—Sí, amor, claro que quiero —dejó un tierno beso en mi dedo anular, luego se acercó para nuevamente tomar mi rostro entre sus manos y unir nuestros labios en un cálido beso. Nos separamos y el resplandor de la luz de afuera me invitó a ver hacia la ventana.

—Está nevando —comenté. Él me invitó a ponerme de pie y caminamos hasta quedar frente al ventanal.

—Si te gusta, esta será nuestra casa.

—¿No ha traído a ninguna mujer aquí Sargento Milligan?

—Han venido mi madre y mi hermana quienes me ayudaron con la decoración; y Coralia, la señora que viene a hacerle la limpieza —dijo abrazándome.

Luego me explicó que esa casa la había remodelado Lucas y que le estaba ayudando a invertir su dinero en bienes y raíces.

—Me encanta que esté rodeada de árboles. Aleja por completo la sensación de que estamos cerca de la enorme y ruidosa Manhattan.

—Entonces, futura señora Milligan, es hora de llamar a todos y darles la noticia porque lo que menos tenemos es tiempo y necesitamos de toda la ayuda.

Rápidamente ambos tomamos nuestros teléfonos y comenzamos a llamar a nuestras familias. Por la nevada nadie salió de su casa, pero la locura que se vivía era increíble, era una increíble locura de amor. Hasta que, cansados de tantas felicitaciones, nos fuimos a dormir y me tomó por sorpresa ver mi maleta en la habitación. Todo el día había sido planeado antes de que yo llegara al aeropuerto.

Nos acostamos en nuestra cama y el sueño no tardó en venir a mí, especialmente ahora que el sonido del corazón de Miles era mi nueva canción para dormir.

## Capítulo 7



—Mi niña se ve hermosa con ese vestido blanco —expresó mi madre con lágrimas en los ojos, al verme ya lista para salir al ayuntamiento donde se iba a realizar la boda.

Lo bueno de vivir en un lugar como ése era que todos nos conocíamos. La madre de Miles nos ayudó con la comida, la tienda de vestidos de novia abrió a las seis de la mañana solo para que pudiera elegir mi vestido y no tuve que buscar mucho, las flores, los arreglos, todo salió mucho más económico de lo que nuestros propios padres creyeron. Entonces llegó el día.

—Vamos, vamos que se nos hace tarde. No puedo creer que te cases primero que yo —se quejó Claudia.

—¡Ja!, Pues me atrevo a decir que ustedes me darán nietos antes de la boda —comentó mi madre poniendo a Claudia muy sonrojada.

—Ya veremos qué sucede más adelante —dijo ella casi susurrando.

—Ya está listo el auto —dijo mi hermano acercándose a la puerta de mi habitación—. Hermanita, estás hermosa —comentó.

—Muchas gracias a todos por esto. Gracias por entender nuestra locura de hacer todo tan precipitado.

—Hija, se conocen casi desde toda la vida. Los hemos visto crecer juntos y ustedes se han querido toda la vida. Fue más bien locura que siguieran esperando, ya el reloj les estaba tocando la puerta.

—Mamá, apenas voy a cumplir 24 años —comenté con mis mejillas ardiendo.

—A tu edad ya tenía a tu hermano y tú ya estabas en planes, o en camino. Lo importante es encontrar a un compañero comprometido y dispuesto a hacer una vida contigo. Me alegra mucho saber que mis hijos ya encontraron a esas personas. El matrimonio no es fácil, siempre hay discusiones, desacuerdos y hasta peleas por no bajar o levantar la tapa del baño. Sin embargo, el amor es algo que puedes ver en gestos, atenciones, preocupaciones, anhelos, deseos que tengan juntos. Si sus anhelos y deseos son los mismos, o van de la mano, tendrán un matrimonio o una relación ideal.

—Siento que me he enamorado de nuevo —confesó mi padre entrando en la habitación. Se apresuró a darle un abrazo y un beso en los labios a mi madre.

—Ya quiero verme así, por favor. Vámonos que ya quiero casarme con Miles —dije y todos comenzaron a reírse cuando a toda prisa tomé el ramo.

—¿Estás completamente segura de esta decisión? —preguntó mi padre antes de entrar al ayuntamiento.

—Jamás he estado más segura de algo en mi vida, padre. Amo a Miles, y él me ama a mí. Un amor que perdura de esta manera con el paso de los años, sin dejar que terceros se interpongan, es porque es verdadero. Posiblemente esto sea muy precipitado, pero es lo que me hace feliz. Si me equivoco, estoy segura de que los tendré a ustedes para levantarme de nuevo.

—Eso no lo dudes, cariño, tu matrimonio no será fácil, especialmente por su compromiso militar. Tienes que ser consciente de que él posiblemente no estará presente en muchas cosas, y no porque no lo quiera, sino porque no podrá.

—Lo entiendo, y estoy dispuesta a esperarlo. Porque estoy segura de que siempre encontrará su camino de regreso a casa.

—Me agrada saber que eres consciente de eso. Creo que ya es hora de entrar y entregar a mi pequeña niña a el hombre que ama —sin más preámbulo entramos a donde se llevaría a cabo la ceremonia.

Miles estaba con su traje formal de militar. En ese momento todas mis emociones se acumularon en la boca de mi estómago. Mis ojos se conectaron con los de él y confirmé que sucedía lo que veía en las películas..., era como si todo se desvaneciera a nuestro alrededor. Mi padre le entregó mi mano y le dio unos golpes en el hombro.

—Eres la mujer más hermosa del mundo —me dijo Miles al oído. No logré responderle porque el oficial comenzó la ceremonia.

La ceremonia fue rápida. Era un día festivo y no podíamos tener mucho tiempo ahí. Miles y yo dimos el “sí, acepto”, repetimos nuestros votos matrimoniales, colocamos nuestros anillos y sellando ese momento con un beso que significaba el inicio de una vida juntos ante la ley del

hombre, terminó la ceremonia.

—Prometo darte la boda que mereces cuando vuelva, hermosa —dijo antes de unir nuevamente nuestros labios afuera del salón, antes de ser casi atropellados por las felicitaciones de todos nuestros invitados.

Fuimos hasta la casa de mis padres, donde nos reuniríamos a celebrar nuestra unión. Mi ahora suegra pasó toda la noche cocinando para tener un festín digno de su hijo y su nueva nuera. Mi madre y mi padre, con la ayuda de Lucas y Claudia, decoraron la casa para la ocasión. No podía sentirme más feliz del enorme apoyo que tenía por parte de mi familia.

—Creo que me he ahorrado el cocinar —comenté a Adeline viendo como toda mi familia disfrutaba de la cocina.

—Lo hice con mucho gusto. No todos los días se casa mi hijo mayor. Me siento muy orgullosa del hombre que crie. Estoy segura de que te hará muy feliz, solo tienes que armarte de muchísima paciencia. Ser esposa de un hombre entregado a su patria no es sencillo, pero ustedes estarán bien. ¿Ya sabes cómo harás con tu trabajo y tu vida en Los Ángeles? —preguntó al final y eso fue como un golpe a la realidad.

¿Qué iba a suceder ahora con mi trabajo?

—Lucy seguirá su vida, mamá. Ella volverá a Los Ángeles, yo iré a ella cuando vuelva y si ella desea venir aquí, nuestra casa estará siempre para recibirla —dijo Miles abrazándome por la espalda.

Tendría que tomar decisiones muy pronto sobre eso.

—Miles, creo que por la ocasión, y para darte la bienvenida a la familia, te corresponde dar el discurso de navidad —dijo mi padre.

Sentí a mi esposo tensarse, pero me dio un beso en la frente y caminó hasta el lugar donde lo esperaba mi padre con una copa de vino para hacer el brindis. Lotti y Claudia vinieron a mi lado y Claudia me entregó mi copa, mientras nos miramos las tres con una sonrisa.

—Buenas noches —dijo mi esposo al tomar el micrófono—. Como ya todos ustedes me conocen, no hay necesidad de presentarme. Sin embargo, ahora ya no solo soy el amigo de Lucas para la mayoría de los presentes. Hoy soy el hombre más afortunado del mundo al ser el esposo de Lucy. No hay palabras que describan lo que siento en este momento, más que decirles gracias. Gracias a todos por recibirnos en su familia. Les prometo amar y cuidar de Lucy sin importar el lugar en donde esté. Porque mañana ella se quedará con mi corazón y yo me iré con su corazón, con la promesa de juntarnos pronto. Espero que ésta sea la primera de muchas navidades juntos. Y la siguiente será menos agitada, se los prometo —comentó haciendo a los presentes reír. Luego vino hasta mí y nos besamos.

Segundos después se escucharon aplausos por parte de los presentes.

—¿Nos vamos? —preguntó y moví mi cabeza en afirmación. Podía sentir todo mi cuerpo temblar por los nervios.

Todos se despidieron de Miles, pues probablemente no lo lograrían ver al día siguiente, pero no deseaba pensar en eso. Sabía que el golpe de la soledad llegaría después. El trayecto hacia nuestra casa fue entre risas y cantos de los villancicos que ponían en la radio. Especialmente la de *Rodolfo el reno* cantada por un coro posiblemente por error la habían dejado repetirse en más de una ocasión.

—Es difícil creer que ahora seas mi esposa, que seas completamente mía.

—Yo tampoco lo creo. Lo irónico es que no pensaba venir, pero me hubiera arrepentido toda la vida —comenté ganándome una sonrisa de su parte.

—Yo hubiera ido por ti, Lucy —comentó al mismo tiempo que detuvo el auto enfrente de nuestra casa. Se bajó rápidamente y me abrió la puerta. Estaba por caminar, pero me levantó en sus brazos.

—¡Nos caeremos! —dije temerosa al ver el suelo cubierto de nieve.

—Eso no pasará, cariño. Mientras estés conmigo, jamás caerás.

Rodeé mis brazos alrededor de su cuello y subimos las escaleras sin ningún problema. Ayudé a abrir la puerta y la luz de los faroles exteriores entrando por la ventana nos recibió, creando un efecto muy acogedor y romántico. Miles parecía no querer ponerme en el suelo y yo no quería dejar sus brazos.

—Te amo, Miles —confesé y sus labios se unieron a los míos de tal manera que parecía mantequilla derritiéndose en sus brazos.

—Yo también te amo, pequeña.

Soltando esas palabras, me removí para que me dejara de nuevo en el suelo y sin separarnos de ese beso tan abrazador caminamos torpemente a nuestra habitación dejando en el camino nuestras prendas. Llegados al cuarto, la puerta de la habitación se cerró y dejamos que fueran nuestros cuerpos los que se expresaran lo que sentíamos. Nos entregamos por completo de la manera más sublime y romántica posible, hasta que nos quedamos dormidos aferrados al cuerpo del otro, esperando a que el sol de un nuevo día viniera a robarnos este momento.

## Capítulo 8



Cálidos besos en mi rostro fueron los que me despertaron a la tenue luz de un nuevo día y lo primero que pude observar fue a mi esposo vestido con su uniforme.

—Buenos días, mi bella esposa. Feliz Navidad —Me senté de inmediato y me llevé otra sorpresa a mi lado: Un chocolate caliente con malvaviscos, unos muffins de vainilla, una rosa, huevos revueltos y una tostada de pan integral.

—Muchas gracias, se ve todo muy delicioso —dije tomando su mano. Él se arrodilló a mi lado y me abrazó.

—Tengo que irme, amor —mencionó atrayéndome más a su cuerpo.

—Me duele el corazón tener tan poco tiempo contigo. Aún tenemos muchas cosas que hacer y decírnos.

No pude evitar que mi voz se quebrara. Él intentó separarse, pero no lo logró, no se lo permití. Me aferré a su cuerpo y mordí mi lengua tratando de reprimir mi llanto. No deseaba que él se fuera viéndome llorar.

—Cuando vuelva tendremos todo el tiempo del mundo para hacer todo lo que tú quieras, pero por ahora tengo que irme, Lu. En serio, discúlpame por tener que hacer que pases por esto. Me destroza el alma a mí también dejarte ahora que te tengo, pero tengo un deber que cumplir.

Me separé de él al sentir su cuerpo temblar. Nuestros ojos estaban llenos de lágrimas. No dije nada más y solo le di un tierno beso, un beso que supo a sal por culpa de nuestras lágrimas, pero que significaba una despedida por tiempo indefinido. Nuestros labios se separaron y él dejó un beso en mi frente antes de entregarme un libreta.

—En esta libreta encontrarás mis números y mi correo. No sé exactamente dónde estaré, ni mucho menos nuestro cambio de horario. Solo trata de estar pendiente de tu teléfono, ¿sí? —asentí tomando la libreta y llevándomela a mi pecho.

Busqué con prisa un lápiz, pero no encontraba nada.

—¿Buscas algo?

—Sí, quiero darte mi correo también —él negó.

—No es necesario, me lo sé de memoria, así como tu número de teléfono. Sé que tu correo sigue siendo el mismo que tu hermano te creó hace seis años.

—Claro, se me olvida que tú y yo nos conocemos de toda la vida por Lucas —se rio y nuevamente me dio un beso en los labios.

—Cuídate mucho, cariño. Te llamaré apenas tenga oportunidad. No sé exactamente por cuánto tiempo estaré fuera, pero créeme que estaré siempre aquí, y aquí —dijo dándome un beso en la frente y llevando su mano a mi pecho.

—Así es, espero que yo también siempre esté en tu mente y corazón —dije llevando mi mano a su pecho mientras que con la otra acariciaba su mejilla. Él sacó un marcador Sharpie de la gaveta a un lado de la cama y me lo entregó. Abrió los botones de su camisa y dejó ver su pecho desnudo.

—Pon tu sello en mi piel —dijo dejándome completamente sin poder respirar.

—¿Quieres que te dibuje algo en la piel?

—Sí, encontraré la manera de hacerlo permanente.

Me quedé sorprendida ante su ofrecimiento, al mismo tiempo que pensaba en qué podía dibujar. Lo único que se me vino a la mente en ese momento fue dibujarle un gorro de chef con mi inicial a un lado y, en lugar de un punto, un pequeño corazón. Le entregué el marcador y le dije que hiciera lo mismo en mi pecho.

—No cabe duda de que eres muy original, princesa —replicó con una sonrisa.

—Así sabrán que tienes una muy buena cocinera en casa y nadie intentará enamorarte con su comida.

—Yo seré el soldado que siempre resguardará tu corazón —dijo abotonando de nuevo su camisa antes de ponernos de pie.

—Te amo, te voy a extrañar mucho —dije abrazándolo. No quería dejarlo ir, pero sabía que no dependía de él.

—Yo también. Disfruta del desayuno. Por cierto, hay un regalo para ti debajo del árbol,

ábrelo después de que me vaya —me abrazó y me besó tan delicadamente como si yo fuera de cristal—. Te amo —dijo separándose de mí, pero regresando para darme otro en la frente.

Me envolví en una cobija y caminé con él hasta la salida. Soltar su mano y darle un último beso fue lo más difícil que pude hacer, pero lo hice con una sonrisa en el rostro. Lo vi subirse en el auto, lanzarme un último beso y poner el auto en marcha.

No fue hasta que cerré la puerta que mis fuerzas cedieron. Las lágrimas comenzaron a caer por mis mejillas. Caminé hasta la habitación, me recosté de nuevo en la cama y a pesar de no tener hambre, me comí todo lo que Miles había preparado para mí. Me quedé dormida después de comer y no fue hasta que tocaron el timbre que me levanté y me puse unos pantalones deportivos y un suéter blanco con cuello de tortuga.

—¡Feliz navidad! —dijeron mis padres al entrar a la casa.

—Feliz navidad —repliqué dándoles un abrazo y una sonrisa forzada.

—Sabemos que no estás de ánimo para celebrar, pero no podíamos dejarte sola un día como hoy —dijo mi padre sin soltarme de su abrazo.

—También deseo disfrutar de mi hija. Mañana vuelves a Los Ángeles y no sé cuándo volveré a verte.

—Nos veremos más seguido, mamá. Recuerda que... —dije levantando mi mano mostrando mis anillos matrimoniales.

—Lo sé, ¿y cómo estuvo la noche de bodas?

—¡Mamá!

—Sí, Luciana. Lo menos que deseo es saber eso. ¿Qué te parece si mejor vemos los regalos de navidad?

—¿Dónde están Claudia y Lucas?

—Fueron a pasar el día con la familia de Claudia. Tengo que aceptar que ahora tengo que compartir a mis hijos con sus familias políticas —comentó mi madre y nuevamente la puerta principal fue abierta dejando ver a Adeline y Lotti.

—Nosotras estamos felices de que nuestra pequeña familia ahora sea más grande. ¡Feliz Navidad!

—¡Feliz Navidad! —respondimos.

Cuando terminaron todos los saludos, procedimos a abrir los regalos.

—Este lo dejó Miles para mí —comenté, tomando la pequeña caja que había debajo del árbol. Lo abrí y me quedé sorprendida. Era una medalla de soldado con nuestros apellidos grabados.

—Que hermosa ¿En qué momento lo habrá hecho? —pregunté viendo a los presentes.

—La mandó a grabar ayer mismo, mientras elegíamos los anillos para ti —respondió Lotti. Sonreí nuevamente y la coloqué en mi cuello.

—¿Lotti, tú sabes a dónde puedo ir para hacerme un tatuaje?

—¡¿Un tatuaje?! —exclamaron los presentes. Asentí.

—La estás viendo enfrente de ti —dijo abriendo sus brazos.

—Lotti hace unos diseños muy bonitos. —continuó Adeline—. Yo quería que estudiara diseño, pero es una artista. No puedes ponerle límites a un artista.

—Así que hago de todo. Podría hacerlo por la noche, si quieres. Así pasas más tiempo con tus padres. ¿Ya tienes otros tatuajes? —Negué—. De acuerdo. ¿Ya sabes que te harás?

—Sí, de hecho ya tengo el diseño en mi piel —dije tratando de que solo ella escuchará.

—Típico Milligan, su padre hizo lo mismo —comentó Adeline.

El resto del día pasó en un suspiro. El tatuaje dolió demasiado, pero quedo muy bonito. Nunca pensé en hacerme un tatuaje, pero ése símbolo ameritaba estar en mi piel para siempre. En la noche nos reunimos con Lucas y Claudia para organizar nuestro regreso y cenar todos juntos. Adeline y Lotti se quedaron con nosotros hasta que tocó despedirnos. Esperaba volver en unos meses para cuidar de mi casa y esperar a Miles, Adeline me dio muchos consejos de cómo saber sobrellevar mi relación con su hijo, al mismo tiempo que me pidió tener mucha paciencia. Ya lo había esperado por años, unos meses no hacían diferencia. Menos cuando yo era la que tenía el anillo y el título de su esposa.

\*\*\*

Al día siguiente llegamos a Los Ángeles y lo primero que hice fue ir al restaurante.

—¡Feliz Navidad! —grité llegando a la cocina.

—¡Hola, Chef! —gritaron todos.

—Se ve más hermosa, Chef —comentaó Lora.

—Pueda que el matrimonio me haya sentado bien —expresé moviendo mis dedos frente a ellos.

Varias de mis amigas gritaron eufóricas.

—¿Lucy? ¿Te casaste? —cuestionó María llegando a la cocina. No pude evitar la emoción de verla y me fui a abrazarla.

—Sí, Miles y yo nos casamos —confesé emocionada.

—¿Debería de resentirme por no ser invitada al evento?

—Fue algo simbólico. Para la próxima boda todos estarán más que invitados.

—Tu admirador se pondrá muy celoso —comentó Lora.

—Miles era ése admirador. Él era quien enviaba los ramos.

Mientras les ayudaba con la cocina, les fui contando todo lo que había pasado en mi vida en los últimos tres días y así pasó todo el día. A la noche, cuando apenas estaba por subir al apartamento, mi teléfono sonó con una videollamada entrante. No dudé en contestar y ahí estaba mi Miles. Sin camisa y mostrándome cómo le estaban haciendo el tatuaje.

—Lamento decirte que yo te gané —dije mostrándole mi tatuaje.

—Te amo. Se te ve hermoso —dijo al ver que Lotti le había dado color verde al casco militar y un rojo al corazón.

Le conté cómo había sido mi día ayer y cómo había sido mi viaje de regreso a Los Ángeles. Él también me comentó que acaban de llegar a una base en Irak. Me daba mucho temor, pues sabía la tensión y la guerra de poderes que se estaba suscitando en ese país, pero él me había prometido que de cualquier forma iba a volver, así que decidí confiar en su palabra. Hablamos un poco menos de una hora, hasta que se cortó la llamada sin previo aviso. Me puse un poco triste, pero sabía que eventualmente me volvería a llamar.

Esa sería mi nueva vida, pero no me importaba, era feliz con saber que yo formaba parte de su realidad y de sus sueños.

## Capítulo 9



### Tres meses después

—Te amo, Miles. Cuídate mucho. ¡Chicos, cuiden mucho al sargento! —dijo por el teléfono al altavoz de Miles.

—¡Claro, Sargento mayor! —dijo Robinson. Un soldado muy apegado a Miles.

—Denme 10 —escuché decir a Miles—. No les hagas caso, princesa.

—No me molesta, así que, el castigo queda suspendido. Órdenes de la sargento mayor.

—¡Esa es la sargento! —comentó Stone.

—Largo, debo despedirme de mi esposa. —Me encantaba cada vez que me llamaba así. Esposa.

—¡Adiós, Sargento! —se despidieron, yo hice lo mismo.

—Te extraño —dijo Miles cuando las otras voces se callaron y no pude evitar ponerme a llorar.

—Yo también te extraño —confesé soltando un sollozo.

—Me destroza oírte así, cariño. Espero pronto solicitar un permiso para ir a verte.

—¿De verdad?

—Sí, pero, de ser negado, te prometo estar ahí para nuestro aniversario. Ya pronto se cortará la llamada, cariño.

Comencé a sentir cómo lo que acababa de comer se quería devolver y no me quedó más que salir corriendo al baño y vaciar mi estómago. Cuando reaccioné, escuché a Miles gritando mi nombre por el teléfono hasta que la llamada se terminó.

—¿Qué me pasa? —me pregunté viéndome en el espejo.

Abrí las gavetas buscando mis antiácidos y me quedé congelada al ver que al fondo de una de ellas las toallas femeninas que aún estaban completas. Salí del baño pensativa, caminé a la cocina para ver si me hacía algo de cenar y Lucas y Claudia me estaban esperando en la sala.

—Lucy, queremos hablar contigo —dijo Lucas.

—¿Puede ser después? —dije con una sonrisa en el rostro.

—¿Qué sucede? —preguntó mi hermano.

—Creo que estoy embarazada —dije llevando mis manos a mi vientre. Ambos se miraron y fue mi amiga la que corrió a abrazarme.

—¡Yo también! —dijo gritando y dando brinquitos.

Claudia estaba eufórica por la noticia. No obstante, por más que quise brincar junto a ella no pude, pues aunque la posibilidad del embarazo me tenía alegre, a la misma vez estaba muy aterrada. Definitivamente mi vida estaba cambiando muy rápido.

—Vaya, sí que se tomaron en serio eso de que en unos días iban a recuperar el tiempo perdido —comentó mi hermano, viniendo a calmar a su novia.

—Necesito salir de dudas. Hoy no me he sentido bien del estómago, además el olor de la cocina me tuvo mal todo el día, por eso regresé temprano. María me dio unos días para ir al médico y ver si no era nada viral, pero necesito confirmar qué es lo que tengo antes de pensar en cualquier cosa. —Claudia salió de la habitación dejándome con Lucas.

—¿Estás bien?

—Sí, solo que me gustaría que Miles estuviera aquí conmigo.

—Sabías que esto sería así, Lu. No será sencillo, pero nos tienes a nosotros. Yo estaré para lo que necesites, siempre. —Me abrazó y un segundo después apareció Claudia con una cajita en la mano.

—Yo tengo una prueba. Dentro de la caja están las instrucciones... —No esperé a que terminara de hablar, se la arrebaté de las manos y me encerré en el baño.

Abrí la caja, seguí las instrucciones y me dediqué a ver hacia todos lados menos hacia la prueba. No fue hasta que Claudia intentó botar la puerta, que reuní el valor para verla. Estaba exhorta en miles de pensamientos, pero todos se disiparon una vez vi el resultado. Positivo.

—Lucy, llevas media hora aden...

—Serán tós. —Fue lo primero que dije al abrir la puerta.

—¡Qué emoción! Nuestros hijos nacerán casi al mismo tiempo. —Mi amiga siguió hablando, pero perdí el hilo de sus palabras. Mi cabeza en lo único que podía pensar era en todo lo que vendría más adelante. Traté de minimizar las voces en mi cabeza, pero me fue imposible.

—Creo que me iré a dormir, mi estómago comienza a revolverse.

—Te traeré un té y unas galletitas, es lo que me está ayudando a mí —dijo Claudia y con mi mano le lancé un beso.

—Eres la mejor —concluí.

Una semana después de darme cuenta del embarazo, intenté volver a mi trabajo normal en Luvok's, pero no podía. El estómago se me revolvía solo con entrar a la cocina. Para mi suerte, María era una mujer muy comprensiva y me dio un par de días más para descansar. Tuve que decirle mi estado y ella se puso alegre por mí. Ese día me quedé todo el día en la cama sintiéndome mal. Además no había podido hablar con Miles y eso me ponía nerviosa. No fue hasta la noche cuando mi hermano me insistió en que los acompañara a cenar que me levanté y mientras él hacía la cena, me quedé hablando con Claudia.

—No puedo creer que estemos embarazadas al mismo tiempo, Lucy —decía ella.

—Estoy segura de que tienes más tiempo que yo, hasta me atrevo a decir que ya lo sabías desde Navidad y que aprovechaste este momento para decírmelo.

—Claro que no, no sabía lo que iba a pasar entre Miles y tú. La verdad es que aún sigo sin poder creer que estés casada con Milligan —sonreí, pero en ese preciso momento sentí como si algo me oprimiera el pecho y no me dejara respirar.

Intenté decirle a Claudia lo que estaba sintiendo, pero las palabras no salían de mi boca.

—¿Lucy? ¡Lucy! ¡Lucas, algo le pasa a Lucy! —gritó Claudia. Lucas vino rápidamente y me tomó en sus brazos para sentarme en el mueble.

—Está teniendo un ataque de pánico —dijo mi amiga. Sentí que algo me asfixiaba.

—Lu, respira. Trata de calmarte o te hará daño ponerte así. —Mi hermano me abrazó y poco a poco pude comenzar a respirar, pero una enorme tristeza me abrumó y rompí en llanto. Lo único en lo que podía pensar era en Miles. No me había podido comunicar con él en la última semana. No había podido darle la noticia de nuestro bebé.

—Miles, necesito hablar con Miles —dije con dificultad.

—No creo que puedas...

—¡Necesito hablar con Miles! —grité y ellos solo se vieron entre sí.

—Llamaré a Lotti, para ver si ellas tienen alguna manera de contactarse —dijo Lucas.

Entonces recordé que María me había dado el resto de la semana y me fui a cambiarme de ropa.

—No, no la llames. Yo misma iré.

—¿De qué hablas? No te voy a dejar ir así —dijo mi hermano poniéndose frente a mí.

—Entonces ven conmigo. Algo pasó con Miles, lo puedo sentir —expresé cubriéndome el rostro con una mano y llevando la otra a mi pecho.

La desesperación que sentía dentro de mí no era normal. Sentía que lo único que quería hacer era llorar y pensar en Miles. Esperando y deseando que estuviera bien.

—Déjame arreglar todo y salimos para allá. Lo más probable es que lleguemos mañana. Recuerda que ya es de noche.

—No me importa, Lucas. Por favor, llévame a casa —dije sin poder controlar el cúmulo de emociones en mi pecho. Tenía miedo.

—Vamos a que descanses en lo que Lucas consigue todo lo que necesitamos para viajar

mañana —dijo Claudia abrazándome y llevándome hacia la habitación donde me estaba quedando. Al entrar, vi la foto de mi boda con Miles a un lado de la cama y nuevamente la sensación de angustia me abrumó.

—Tienes que estar bien, Miles. Tienes que cumplir tu promesa y volver a mí, a nosotros —dije abrazando la foto a mi pecho haciéndome un ovillo en la cama.

—Lucy, Lucy, despierta. —Abrí mis ojos de inmediato al escuchar la voz de Miles, pero no era él. Era mi hermano. Miré a mi alrededor y la luz ya entraba por la ventana.

—¿Amaneció ya?

—Sí, te desperté porque ya tenemos todo listo para viajar. —Moví mi cabeza en afirmación y Lucas salió de la habitación. Fui al baño y de inmediato me alisté. No quería perder más tiempo.

Una hora después llegamos al aeropuerto y me sentí más tranquila. Ya lo que tenía en el pecho no estaba y eso me hacía sentir menos ansiedad, pero aún sentía que debía ir a Bronxville. Alquilamos un auto al aterrizar y luego llegamos al restaurante de mi suegra, pero no estaban ni ella, ni Lotti, así que salimos hacia su casa.

—¿Todo está bien, Lucy? —preguntó Claudia—. Creo que mejor debimos ir al médico.

—Posiblemente sea mi sobrino iniciando una batalla con tus órganos lo que te tiene así —comentó mi hermano haciéndonos reír a ambas. Estábamos entrando a la calle donde estaba la casa de mi suegra y vi a tres personas bajando del auto enfrente de su casa.

—No, no, no. ¡Mierda! —gritó mi hermano golpeando el volante. Tres hombres en traje militar caminaban hacia la entrada, uno de ellos llevaba una bandera en su pecho.

—¿Quiénes son? —pregunté sin entender nada tratando de desabrocharme el cinturón.

—Cálmate, Lucy —dijo Claudia, pero mi hermano estacionó el auto y bajé casi corriendo.

Los hombres llegaron hasta la entrada y tocaron antes de que los alcanzara. Mi suegra abrió la puerta y de inmediato se cubrió el rostro y cayó al suelo.

—¡No! ¡Mi hijo! ¡Mí Miles, no! —exclamó ella abrazándose a sí misma. Mi corazón comenzó a palpar con fuerza. Las lágrimas me empezaron a nublar la vista.

—La secretaría del Ejército lamenta informarle que su hijo, esposo y hermano. El sargento, Miles Augusto Milligan murió ayer durante una misión a las afueras de Irak. Lamento no tener más detalles sobre su perecimiento. En este momento hay una investigación en desarrollo, pero una vez que la investigación esté completa, tendrán acceso al reporte —esas palabras se reprodujeron en mi mente una y otra vez.

—Miles... ¡Miles!, ¡Miles no puedes estar muerto! —grité. Luego las fuerzas abandonaron mi cuerpo y le di la bienvenida a la oscuridad, esa que posiblemente me acompañaría el resto de mi vida.

## Capítulo 10



«Lo siento», «Mi más sentido pésame», «Él está cuidándote desde el cielo», «Tendrás Un ángel que nunca te dejará sola», «Él siempre estará en tu corazón», eran las frases que mis oídos escucharon una y otra vez el día del funeral sin cuerpo de Miles. Porque sí, no tuvimos un cuerpo que despedir. Solo nos dieron una lápida con su nombre para tener donde poder ir a hablarle, llorarle y reclamarle por faltar a su promesa de volver. La investigación sobre su fallecimiento demoró en concretarse.

Tal parece que una bomba fue la causante de mi dolor y el de otras familias. Lo único que encontraron fue su medalla de identificación en medio de toda la ceniza. Al no haber visto su cuerpo quise aferrarme a la idea de que Miles no había muerto, mi corazón me decía que no perdiera las esperanzas, que Miles volvería, pero pensar eso solo me hacía más daño.

—Lucy, ya no puedes seguir ahí sentada. Piensa en tu bebé —dijo Adeline acariciando mi espalda.

—No quiero irme. Tengo que hablar con él de muchas cosas. No tuvimos tiempo de hablar o de vivir muchas cosas juntos, no es justo —sollocé sosteniéndome de la lápida con su nombre a mi lado.

—Lo sé, cariño, pero ya es de noche. No has comido nada en todo el día. Por favor, Lucy, debemos cuidar lo único que nos queda de Miles —dijo ella extendiendo su mano para ayudarme a volver sobre mis pies.

Acepté su mano y con dificultad me puse de pie. Ella me abrazó.

—No será nada fácil, Lucy, pero no estarás sola. Tienes a muchas personas que te queremos y te ayudaremos en lo que necesites.

—Lo sé, pero a quien necesito es a Miles. ¿Por qué no pude decirle lo que sentía antes? ¿Por qué la vida me cobra de esta manera mi error? No es justo, Adeline. No creo poder seguir sin él. No pude decirle de nuestro hijo, él se murió sin saber que iba a ser papá. ¿Por qué Adeline? ¿Por qué?

—Me encantaría poder tener una respuesta para eso, Lucy, pero no la tengo. Pasé exactamente lo mismo que tú y créeme que aún me duele. Pero tenía dos niños que sacar adelante, que dependían de mí y mi fortaleza para seguir adelante. Así, aunque esto es algo que te dolerá para siempre, tienes por quien luchar y en quien pensar. Que mi nieto sea tu fortaleza. Yo también perdí a mi hijo, Lucy. Ningún padre tiene que enterrar a un hijo, es un dolor que no se lo deseo a nadie, pero es un dolor con el que he tenido que vivir. A Miles no le gustaría verte así, ¿recuerdas lo que él dijo cuando te pregunté sobre cómo sería tu vida en Los Ángeles? —Moví mi cabeza en afirmación. Sus ojos hinchados y rojos me miraban con dolor. Podía verme reflejada en ella—. Dijo que tú debías seguir con tu vida aun si él no estaba. Tienes que hacer honor a sus deseos. Él quería que tú siguieras con tu vida.

—No quiero irme de aquí. No quiero volver a Los Ángeles.

—Y te entiendo, Lucy. Respetaremos lo que tú quieras hacer, solo quiero que tú y mi nieto estén bien. Vamos, tus padres están esperando por ti en el auto —suspiré, miré una última vez la lápida.

—Volveré mañana, amor —expresé antes de seguir a Adeline. Entré al auto y me recosté viendo por la ventana.

—Llévenme a mi casa.

—Hija, pero no creo que...

—Por favor, si quieres quedarte conmigo no tengo ningún problema, pero quiero estar en mi casa. No pueden negarme eso —nadie dijo nada. Viendo por la ventana recordaba los pequeños momentos juntos, como cuando estábamos en la piscina comunitaria y se lanzaba para hacer un clavado, cuánto me avergonzaba que me viera con un traje de baño de dos piezas. O la vez que me atraganté con mi jugo de naranja cuando lo vi sin camisa jugar en el patio de mi casa. Cerré mis ojos con fuerza sintiendo lo caliente de mis lágrimas bajar por mis mejillas. Una mano tomó la mía, al abrir los ojos me di cuenta de que era mi madre y me miraba con lágrimas.

—No estás sola, cariño. Nosotros estamos contigo.

Los siguientes días me dediqué a estar en casa y a visitar la tumba de Miles. María me dijo que entendía si ya no podía regresar, pero que siempre en su restaurante tendría un lugar para mí. Hasta me ofreció abrir otro restaurante en Manhattan solo para que yo lo atendiera. Podía sentir el apoyo y amor de todos, pero no llenaban el vacío que sentía mi corazón. Llené mi casa de fotografías de Miles, las fotos de nuestra boda, algunas que tomaron personas en el restaurante esa primera noche juntos. Exploré sus cosas y también guardaba fotos mías al mismo tiempo que un listón que había perdido después de una fiesta a la que fui con ellos.

—¿Guardarás sus cosas? —negué.

—No creo estar lista para eso mamá.

—Adeline me preguntó qué harías con el dinero que... —negué.

—No tocaré ese dinero, mamá. Posiblemente lo ponga en una cuenta a nombre de mi hijo o hija una vez que nazca. Sigo sin entender cómo pueden ponerle precio a la vida de un ser humano que murió sirviendo a este país.

—Puede que el dinero no te regresé a tu esposo, Lucy, pero te da un nuevo comienzo. Adeline vino aquí, compró un restaurante que estaba a punto de quebrar y lo volvió el mejor comedor de la zona. Tu suegra debe de ser tu mayor ejemplo para seguir, pues es una mujer que se levantó sola con dos hijos.

—Ya estaban grandes, mamá. Ella pasó tiempo con su esposo. Sus hijos lo conocieron y convivieron con él. Mi hijo no tendrá nada de eso. —Mi madre no dijo nada más y suspiró—. Me encantaría tener una fortaleza de hierro como la de ella, pero no la tengo. Sé que no ha de ser fácil verme así, pero es porque así me siento, mamá. Eventualmente esto ya no dolerá tanto, pero hasta entonces te pido de todo corazón que me dejes llorar a Miles, deja que mi corazón sane a su tiempo.

Ella respetó mi decisión. No me presiono más que para ir al médico. Era difícil vivir todo ese proceso sin la compañía de Miles, pero debía continuar por nuestro hijo.

Los días siguieron pasando, convirtiéndose en semanas, luego meses, hasta que la fecha más esperada por todos llegó: septiembre. El mes del nacimiento de los bebés. Primero hizo su llegada mi primer sobrino, o, para ser más exactos, sobrina. Claudia y Lucas se habían casado hacía un poco menos de tres meses y habían tenido una luna de miel antes de que viniera al mundo Paola Elizabeth Kensington, a quien nombraron así en honor a la abuela materna de Claudia. Todos estábamos muy felices y la pequeña cachetona se robó mi corazón. Era una perfecta mezcla de mi hermano y Claudia.

Por los meses de su boda, la historia de mi vida se había regado por todos los medios de comunicación y fue muy hermoso recibir cartas de esposas de soldados que también habían fallecido como Miles. Todas me mandaban ánimo y palabras de aliento. Visitaba a Miles cada semana sin falta y podía sentarme a hablar con él por horas para contarle cómo se portaba nuestro hijo en mi vientre, lo que había hecho en la semana y hasta leía las cartas que me enviaban con él.

Pasado el tiempo dejé de vestirme de negro y poco a poco sentí cómo iba saliendo de mi duelo. Podía reír sin sentirme culpable de ello y progresivamente fui guardando sus cosas, aunque nunca me atreví a mover nuestras fotos de su lugar. Me dediqué a ayudar a Adeline con el restaurante, al mismo tiempo que trabajaba en el comedor municipal y parecía que la vida seguía, o que me obligaba a seguirla.

—Lucy, no deberías seguir viniendo, deberías descansar —me dijo Adeline en el trabajo a tres días de mi fecha de parto.

—No, Antonio se pone más impaciente cuando estoy acostada. —Ella sonrió.

—Sigo sin creer que le pondrás Antonio a mi nieto.

—Miles Antonio Milligan será su nombre. Llevará el nombre de su padre y su abuelo quienes fueron dos hombres valientes. Serán su mayor ejemplo de honor.

Lllamarlo Antonio dolía menos que utilizar siempre su primer nombre, por lo que en ese momento, para mí, era su nombre principal.

—Estaba pensando en cambiarle el nombre al restaurante —comentó de repente Adeline tomándome por sorpresa.

—¿Y eso por qué?

—Quiero darle honor a la próxima generación. Estaba pensando en Miluan.

—¿Miluan? —cuestioné sin poder entender.

—En honor a mi hijo Miles, Mi, a ti, Lu, y a mi pequeño por llegar, Antonio, An.

—Sería un honor para mí —dije y no pude evitar liberar un par de lágrimas.

—No llores, Lucy. Pondrás triste a mi nieto —dijo tocando mi vientre abultado.

En ese momento sentí un dolor que iba y venía apretando mi vientre. Lo había sentido durante toda la mañana, pero ese dolió como ningún otro. Adeline se percató de mis caras e iba a preguntarme algo, pero respondí antes de que hablara.

—No te preocupes, tengo toda la mañana sintiéndome así. Ya se me pasará.

—Lucy, creo que estás entrando en trabajo de parto —comentó ella—. Espera, llamaré a tu madre para que nos vea en el hospital.

—Pero me siento bien, Adeline —dije poniéndome de pie, pero el dolor nuevamente se hizo presente y de un quejido mis piernas se doblaron un poco. Esta vez podía sentir el dolor en mi espalda baja y no fue para nada cómodo.

—Patrañas —dijo y marcó en su teléfono—. Halo, Luciana, Lucy está en trabajo de parto, está teniendo dolores. La llevaré ya mismo al hospital.

Así fue como el caos comenzó nuevamente. Llegué al hospital y los dolores se hicieron cada vez más difíciles de lidiar. Después de no sé cuántas horas en el hospital, mi hijo no quería colaborar en su llegada. El dolor era insoportable y yo ya no podía más.

—¡Miles! ¡Ayúdame! —gritaba y lloraba mientras pujaba—. Ya no puedo.

—Vamos, Lucinda. ¿Acaso no quieres conocer a tu pequeño? Vamos —decía mi madre sosteniendo mi mano.

Al otro lado tenía la mano de Adeline. Junté todas mis fuerzas y pujé una última vez hasta que escuché el llanto de mi pequeño Antonio. Lo bañaron, lo vistieron y lo pusieron en mis brazos para derretirme por completo de amor ante ese pequeño.

—Bienvenido, mi amor. Bienvenido —dije sollozando, dándole besos en su pequeña frente que se recostaba sobre el tatuaje de mi pecho.

—Felicidades, Lucy. Lo lograste —dijo Adeline con lágrimas en los ojos.

—Lo hicimos, lo hicimos juntas. No lo hubiera logrado sin ustedes —comenté viéndolas a ambas. Cerré mis ojos y pude sentir dos cálidos besos en mi frente.

Desde ese momento me prometí que mi vida giraría en torno a mi pequeño hijo. Mi pequeño Miles.

## Epílogo



### Tres meses después

#### Nochebuena

—Mi pequeño Anton está enamorado de las luces del árbol de Navidad —dijo mi suegra.

—Antonio, mamá —corrigió Lotti.

—Deja que lo llame como quiera, es su nieto. Mi padre le dice Tony, ¿y qué puedo hacer al respecto? —Ellas se miran entre sí, una negando y la otra con una sonrisa victoriosa—. ¿Habría algún problema si lo dejo con ustedes un momento?

—¿Irás al cementerio? —preguntó Adeline.

—Si, no puedo dejar de ir. Hoy hubiéramos cumplido nuestro primer año de casados — comenté con tristeza viendo la fotografía de ese día a mi lado.

—Ve, tranquila. Aquí nosotras cuidamos del hombrecito más hermoso que tenemos.

—Te portas bien, cariño —le dije dándole unos besos, logrando que me regalara una de sus risas desdentadas.

—¡Ay, es que es tan tierno! —mencionó Lotti tomándolo en brazos.

—Volveré antes de que se coman a mi hijo —comenté al ver como lo llenaban de besos.

Me coloqué mi abrigo, mis botas, mi gorro y salí de la casa. El recorrido al cementerio fue igual a cuando regresamos a casa después de nuestra boda, pero los villancicos que alguna vez fueron molestos para mí, ahora eran parte de mis mejores recuerdos con Miles.

Al llegar, fui recibida por una ráfaga de viento. Era tan fuerte, que pareciera como si quisiera que entrara de nuevo al auto. Sin embargo, no me detuve y seguí caminando. Llegué hasta la lápida y la limpié un poco por la nieve que la cubría.

—Hola, amor. Feliz aniversario. Hoy cumpliríamos un año de casados. No puedo creer que ya haya pasado un año desde esa locura. Una locura de la cual jamás voy a arrepentirme. Estaba leyendo un libro y la autora escribió una pregunta al final y creo que nos queda a la perfección: “¿Cuántas locuras has hecho por amor de las que te arrepientes y cuantas te has arrepentido de no haber hecho?”. Yo me arrepiento de haberme ido a Los Ángeles creyendo que tú estabas enamorado de alguien más, también me arrepiento de no haberte dicho que te amo todas las veces que mi corazón quería decírtelo; me arrepiento de no haber tenido más tiempo contigo. De haberlo tenido me hubiera gustado conocer el mundo contigo y ahora con nuestro hijo. Me encantaría quedarme más tiempo cariño, pero debo ir a rescatar a Antonio de las devora bebés: tu madre y tu hermana. Te amo, Miles. Siempre serás el amor de mi vida. Gracias por los meses en los que me diste la oportunidad y el privilegio de ser tu esposa.

Le di un beso a la rosa roja en mi mano y luego la dejé frente a la lápida. Caminé de regreso al auto con el frío viento quemando mis mejillas. Entré de nuevo y salí camino a mi casa. Al llegar preparé a mi hijo con varias mudas de ropa, la temperatura estaba realmente fría afuera. El lugar de la reunión iba a ser el nuevo restaurante Miluan, en el día de su reinauguración. Todos estábamos muy emocionados y habíamos trabajado muy duro para ese momento.

Llegamos al restaurante y mi familia ya estaba ahí. Todos menos mi hermano Lucas.

—¿Y Lucas? —le pregunté a Claudia.

—No lo sé, solo me dijo que tenía que ir por algo y eso fue hace como una hora. Espero que pueda llegar a tiempo para abrir las puertas.

—Espero lo mismo. Él también le puso mucho trabajo al nuevo diseño del lugar.

—No te preocupes por nada, amiga. Todo está en orden y estará perfecto. Ya lo verás. Por Antonio no te preocupes, lo cuidaré en la oficina así tú puedes estar trabajando tranquila. — Ambas sonreímos y nos abrazamos.

—No sé qué sería de mí sin ti en mi vida. Eres la hermana que no tuve.

—Y tú la mía, Lu. —Nos separamos y alguien de la cocina preguntó por mí, así que nos despedimos.

Las puertas del restaurante abrieron y todos los comensales empezaron a ingresar muy sorprendidos por las mejoras que le habíamos hecho al lugar. El menú tuvo aceptación de inmediato. Todo estaba perfecto. María y Nicholas habían ido también y eso me hizo muy feliz.

—¡Lucy! —Vi a mi hermano lleno de nieve entrando al restaurante. Todos se quedaron

viéndolo. Me acerque y él me tomó del brazo para llevarme hasta los abrigos. Me pidió que me pusiera el mío.

—¿Qué pasa? —pregunté extrañada.

—No me pidas explicarlo porque no podría.

—Me estás asustando —confesé cuando lo vi arrebatar mi bufanda y rodear mi cuello con ella para luego sacarme del lugar. Al salir vi dos figuras masculinas dándome la espalda. Mi hermano aclaró la garganta y ambos se giraron. Di un paso hacia atrás y uno de ellos empezó a acercarse a mí.

—Lucy —dijo con una voz que hubiera reconocido en cualquier lugar del mundo.

—No.., esto no es posible. Debo estar soñando. —Seguí dando pasos hacia atrás mientras él se acercaba, pero mi hermano evitó que continuara. Mis ojos se llenaron de lágrimas y caí al suelo.

—¿Qué es esto Lucas? —le pregunté a Lucas.

No fue hasta sentir cómo tomaba mi rostro entre sus frías manos y juntó nuestros labios que creí en lo que mis ojos estaban viendo. Miles estaba vivo. Mis manos rodearon su cuerpo y su aroma golpeó mi nariz. Me separé, quería verlo, verlo de nuevo, por siempre. Era Miles, mi Miles. Tenía una gran cicatriz al costado derecho de su frente y otras pequeñas en sus pómulos.

—Nos dijeron que habías muerto, Miles. ¡Creí que estabas muerto! —grité desesperada. Él tomó mis manos y comenzó a explicarme.

—Lo sé y yo también creí que había muerto, pero desperté después de meses en una cama de hospital sin recordar nada. Phillips me cuidó. Al estar en un país extranjero no podía arriesgarse a investigar quién era yo y mucho menos avisar a las autoridades. Pero comencé a soñar con una chica de cabellos rubios. No sabía quién era, pero ver su sonrisa en mis sueños me mantenía con ánimo y con deseos de seguir intentando recordar. Hasta que vi a alguien más con un anillo de bodas y recordé un momento juntos. Tú decías mi nombre mientras nos casábamos. Se lo dije de inmediato a Brown y por eso estamos aquí. Tuvimos que pedir ayuda a la base más cercana donde Brown expuso lo que me había pasado y el por qué no había podido revelar mi hallazgo hasta saber quién era, luego tuvimos que pasar algunas pruebas y protocolos hasta que me dejaron salir y vinimos directo hacia aquí.

—¡Lucy!, Anto... —Adeline salió del restaurante para decirme algo, pero no pudo concluir. El mundo se inundó para ella en el instante en que reconoció a su hijo enfrente. Miles no dudó en acercarse.

Lucas entró a ver a su hija y a su sobrino una vez que Adeline salió.

—Hola, mamá. —Ella lo miró con algo de duda y hasta con algo de temor. Luego le dio una cachetada queriendo confirmar que era real.

—¡Mamá, sí soy yo!

—¿De verdad eres tú, mi niño? ¿Lucy? —dijo mirándome como si esperara que yo se lo confirmara.

—Es él, Adeline. Nuestro Miles ha regresado .

Apenas le dije que sí era él, ella se lanzó a abrazarlo y besarlo, hasta que la mirada de Adeline distinguió al hombre que había llegado con Miles.

—¿Joseph Phillips? —preguntó. El hombre se sorprendió al verla.

—Adeline —dijo y ella afirmó.

—¿Miles es tu hijo?

—Sí —dijo ella con una sonrisa.

—Lucy, Antonio está muy inquieto —dijo mi hermano asomándose por la puerta. Mi suegra se giró hacia a mí.

—Sí, eso venía a decirte. Será mejor entrar y compartir con todos este enorme milagro de nochebuena. Mi hijo ha regresado con su familia.

—¿Antonio? —preguntó Miles y yo solo sonreí.

—Tal parece que tienes que conocer al hombre que ocupa mi corazón ahora. —Él se detuvo de manera abrupta y apretó mi mano.

—Lucy, yo entenderé si ya has rehecho tu vida. Si quieres podemos hablar en otro momento. —Sonreí y esta vez fui yo quien lo beso.

—Espera a que lo conozcas y luego me dices —dije sin soltar su mano.

Caminé con él adentro del restaurante y las miradas de todos se pusieron sobre Miles. No podía quedarme a explicarles lo que pasaba, así que dejé a Adeline y Lucas haciéndolo mientras nosotros fuimos hasta la oficina donde nos saludaba el llanto de bebé.

Miles se paró en medio del pasillo. Sus ojos se estaban humedeciendo.

—¿Es...? —Moví mi cabeza en afirmación. Luego abrí la puerta de la oficina.

—Ven aquí mi pequeño, tengo que presentarte a alguien.

—¿Con quién lo llevas, Lucy? —dijo mamá al ver que me lo llevaba al pasillo.

—Con nuestro milagro navideño, mamá.

Ella me siguió y se quedó con la boca abierta cuando vio a Miles entrando por la puerta. Pero Miles no les prestó atención, pues su atención estaba puesta en la pequeña persona que tenía en mis brazos. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Miró a nuestro hijo, luego a mí.

—Miles, te presento a Miles Antonio Milligan, tu hijo.

El bebé vio a Miles y se emocionó en mis brazos.

—¿Un hijo? Lucy, no puedo creer que tengamos un hijo —dijo extendiendo sus manos para sostenerlo.

Se lo entregué y mi cabeza grabó ese momento para siempre. Si eso era un sueño, podía despertar y estaría más que feliz, había podido ver la felicidad en el rostro de Miles al conocer a nuestro hijo.

—Es igual a ti —dije. Él dejaba de vernos a ambos.

—Debió ser muy difícil para ti —dijo al fin.

—Lo fue, de verdad que lo fue. Me costó muchísimo ponerme de pie, pero lo logramos. Y ahora estas aquí. Tenerte de nuevo con nosotros es un regalo del cielo. Creo que allá arriba se cansaron de que reclamara porque no me habían dejado estar más tiempo contigo.

—Pero ya estoy con ustedes y no volveré a irme —dijo rodeando mi cintura con su mano.

—¿De verdad? ¿No te meterás en problemas?

—No. Fui dado de baja permanentemente. Lo que significa que no volveré a irme de tu lado nunca más. —Le di un beso en sus labios y ambos volteamos a mirar a nuestro bebé.

—Creo que ya les dimos espacio suficiente. Necesito saber, ¿cómo es esto posible? —preguntó mi madre interrumpiendo nuestro momento.

—Sobran las explicaciones, madre. Por favor, vivamos este momento.

—Es irónico que todo lo que tiene que ver con ustedes pase en navidad.

—Somos un milagro navideño —dije y Miles besó mi mejilla.

Miles le contó a mi madre más a detalle lo que había pasado y le dijo que no quería que lo llenaran con preguntas pues había muchas cosas que no recordaba. Así que, luego de contarle todo, bajamos y pasamos la noche con la familia completa. Nunca una navidad había sido mejor.

Cuando todo terminó, nos fuimos antes que todos. Al llegar a casa, Miles miró una por una todas las fotos con las que había mantenido vivo su recuerdo.

—Sigo sin poder creer que tenemos un hijo, Lucy —dijo viendo a Antonio dormir en su cunita.

—Yo sigo sin poder creer lo que te pasó y que aún estés aquí. No entiendo por qué juegan con las personas así.

—Son cosas que pueden pasar, Lucy. El sistema no es perfecto y fueron un montón de personas las que perdieron la vida en ese ataque. Agradezco haber sido rescatado por el ex general Phillips. Por lo que tengo entendido, fue muy amigo de mi padre. Te prometo que te contaré todo en otro momento, pero lo que más deseo hacer ahora es abrazarte y nunca soltarte —dijo rodeándome con sus brazos. Dejamos a nuestro hijo en la habitación y caminamos hasta la sala donde nos quedamos frente al ventanal viendo la nieve caer.

—Cumpliste tu promesa —susurré con mi rostro pegado a su hombro.

—Siempre la cumpliré. Por ti soy capaz de todo, hasta de volver de la muerte solo para estar contigo. Te amo, Lucy.

Miles unió sus labios con los míos en un beso que me hizo sentir como si estuviera sobre una nube y que mis pies no tocaban el suelo. Era el momento perfecto, un momento que quería immortalizar en mi vida y extender hasta que los primeros rayos del sol nacieran... No obstante, la puerta de la casa se abrió y, como una ola, toda nuestra familia entró con botellas, comida y preguntas queriendo saber qué le había pasado a mi esposo.

Mientras todos celebraban la vida de Miles, me alejé un poco del centro de atención y pude ver a toda mi familia. Vi a Miles sonriendo de nuevo, algo que pensaba no volvería ver nunca más, y recordé las palabras que me había dicho mi mamá hacía unas horas. La Navidad parecía ser algo que cambiaba mi destino, pero a partir de ese momento decidí que ya no permitiría que las cosas simplemente sucedieran, yo participaría de ellas.

—¿En qué piensas? —preguntó Miles a mi lado ofreciéndome un vaso de ponche.

—En que todo lo que nos ha ocurrido, ha ocurrido en Navidad. ¿No te parece extraño? —dije acariciando su mejilla.

—Por algo dicen que la Navidad representa el nacimiento de un nuevo comienzo. Un tiempo para ser agradecidos, de mostrar gratitud por las bendiciones que recibimos. Aunque nuestras navidades pasadas fueran tristes porque queríamos ir en contra de lo que ya estaba escrito en nuestro libro de vida.

—Créeme que jamás volveré a ir en contra de él —respondí.

—Yo tampoco, nena. Yo tampoco.

Y así, abrazados, disfrutamos de la mejor velada con nuestra familia entre risas y anécdotas hasta el amanecer.

A la madrugada me levanté y todos dormían llenando cada rincón de la casa. Fui hasta la habitación de mi hijo y encontré a Miles acostado con él, pegando su cabecita contra el pecho desnudo de su padre. Las cicatrices en su espalda me destrozaron el corazón, pero ver la manera en cómo le sonreía, aún dormido, me enamoraba. No los interrumpí porque sabía que ellos necesitaban ese momento juntos para recuperar el tiempo perdido.

Mientras caminaba me encontré con las cartas que me habían enviado una vez se enteraron de lo de Miles. Esas cartas fueron un aliento para sobrellevar mi duelo y sentí que no me había tomado el tiempo para agradecerles, así que decidí que eso comenzaría a hacer en los días venideros.

Luego mi corazón se estremeció al darme cuenta de que no todos los finales tenían un desenlace como el mío y me sentí eternamente agradecida de esa segunda oportunidad que la vida nos estaba regalando para hacer esas cosas que no habíamos podido hacer antes, pero ahora en compañía de Miles.

Mi Miles.

Fin.

## Agradecimientos

Tengo muchas personas a quienes agradecer por hacer este libro posible, pero quiero comenzar mencionando al hombre que sostiene el fuerte, mientras estoy frente a la computadora, mi esposo. Panda, gracias por tu apoyo, amor y comprensión, te amo.

A Rodrigo y Daniela de Livró, por poner su magia en esta historia. Gracias por los consejos y conocimientos que he logrado adquirir en este tiempo que tengo de conocerlos. Estoy muy orgullosa de llamarlos mis editores y mentores.

A Grecia Leal, gracias por ayudarme a crear el exterior de este libro. También te agradezco tener paciencia por cada cambio de opinión que tuve en el proceso creativo.

A Astrid Cole, por sugerirme una copa de vino cuando estaba a punto de tener un ataque de pánico. Cuando tenía varios capítulos por escribir en mis historias, especialmente esta.

A mis chicas de Hablemos de libros y Más. Por siempre creer en mí y en mi trabajo. Las amo a todas.

A Dios, por otorgar el don y la oportunidad de poder escribir para ustedes.

A todos ustedes que tienen el libro en sus manos y se tomaron el tiempo de leerlo. Gracias por el apoyo.

**No se les olvide dejar sus opiniones o reseñas, pues son el mejor regalo para un autor.**

Muchas Gracias y Feliz Navidad

## Acerca del autor

### Valery Archaga



Valery Archaga, escritora hondureña. Nació en la Ciudad de Tegucigalpa, Francisco Morazán en Honduras. El 6 de noviembre de 1993.

Hace 7 años se mudó a Charlotte, Carolina Del Norte donde reside junto a su esposo, 3 pequeños y sus pequeñas de cuatro patas Chloe y Monie con quienes pasa prácticamente todo el tiempo.

Valery es una autora proactiva, que disfruta de la interacción con sus lectores y se distingue por

entrelazar las historias de sus libros entre si lo que le ha dado resultados muy gratificantes.

Su aventura como escritora inició en octubre del 2021 comenzó su primer libro “Solamente Tú” en plataforma digital, iniciando la hermosa y romántica saga que continúa a la fecha con la tercera generación de la familia Galeano.

La saga crecio y actualmente cuenta con 14 libros que estan proximos a salir en fisico.

- Solamente tú
- Simplemente mía
- Junto a mi
- Soy para ti
- Siempre fuiste para mi
- Negociando tu Amor
- Despues de Nosotros
- Luchando por tu Amor
- Jugaste y Sufrí
- Digno de Ti
- Mafioso de mi Corazón
- La Edad que nos Separa
- Las leyes de un Amor Incondicional
- Por Siempre serás Mía

## Libros de este autor

### Jugaste y Sufrió

Susana Libón Park o Susy, es una joven a la que la vida no le ha sonreído en lo absoluto, pues desde muy pequeña le ha tocado vivir una vida de abuso por parte de su padre. A sus 11 años decidió dejar de estudiar para ayudar a su madre a ahorrar para poder huir de su padre y para proveer comida a sus hermanos. No fue hasta que cumplió los 18 años y después de ser testigo de un brutal ataque a su madre y hermanos que decidió pedir ayuda a su jefa. Ella le recomendó pedir ayuda a un abogado muy conocido llamado Jaime Galeano, quien la había ayudado a ella en un caso similar.

Susy creía que todo iba a sonreír para ella y su familia, quería buscar su felicidad como lo hacen las princesas en los cuentos que su madre le leía. La ayuda no llegó sola, pues ese mismo día conoció al joven del cual se enamoró a primera vista, Alan Galeano. Sin importar las humillaciones que recibía de su parte, para ella, Alan era su príncipe azul. Más no sabía que su apuesto príncipe tenía pasado y que tras un malentendido su cuento de hadas se convertiría en la peor de sus pesadillas. Alan tomó lo que quería de ella sin imaginarse que eso solo iba a ser el comienzo de su historia.

Una historia que comenzó como un juego para uno, se convirtió en el sufrimiento del otro. Sin embargo, cuando el karma ataca a veces puede llegar a ser muy cruel y el que una vez jugó ahora será el que sufra.

## Libros de este autor

### Luchando por tu Amor

Clara Castellana es una hermosa joven rubia, ojos verdes de 21 años estudiante de administración en hotelería y turismo. Locamente enamorada de Liam Galeano quien ha sido su novio por 2 años. Justo cuando ella creía que su vida era de lo más perfecta, descubre un sucio secreto. Liam junto con su hermano gemelo idéntico Ian, tienen una treta desde que eran adolescentes intercambiar y compartir sus conquistas y por ende a Clara.

Ella se sintió traicionada, humillada, amenazada. Llena de dolor les pide a sus padres mandarla a estudiar lo más lejos posible. Sus padres acceden, pero había una persona que no pensaba alejarse de ella jamás. Es que a pesar de no tener el físico soñado como sus primos y hermanos, Ángel Galeano, un prodigio de la ciencia, alto, delgado y lleno de teorías sobre la física cuántica. Será quien se convierta en el apoyo incondicional de Clara, a la misma vez le enseñará que luchar por amor vale la pena cuando se ama de verdad. ¿Qué pasará cuando Clara y Ángel regresen a casa después de 3 años con una niña en brazos? El parecido que tiene esa pequeña con los gemelos y con... ¿Qué les parece si mejor leemos y te enteras del chisme completo?

Romance, intriga, pasión, coraje, llanto y un poco de comedia es lo que los acompañará al leer esta historia que más clara no puede ser.